



*Por un minuto
de vida
breve única*

Esther Llull

Por un minuto
de vida
breve única

ESTHER LLULL

Copyright © 2018 Esther Llull
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 978-1726828369

La memoria sabe borrar nuestros párpados.
Por un minuto de vida breve única.
¿Cómo hablar de inmortalidad?
Cuida en el desierto de la viajera silenciosa.
Cuídate del amor mío.
Hay un rumor de lila a la espera,
durmiéndose
en el canto de los helados campanarios.
Abrazalo pequeña estatua de amor.

CONTENIDO

Agradecimientos

La jornada semanal

Extraño desacostumbrarme a ese instante

Ama de amor lejano

Comprender lo que dice mi voz en la noche

Harán la ofrenda con un ramo de viento

AGRADECIMIENTOS

Deseo dar las gracias a muchas personas que me han ayudado. Este libro ha sido la conclusión de un viaje más, mi extraordinario viaje a una de las ciudades más excitantes del mundo como San Francisco.

En ella he adquirido una nueva visión acerca de la literatura americana. Creo que me han influido algunos autores americanos de primera fila, John Steinbeck, Sara Winman, Celeste Ng y Stephanie Butland. Sin duda, me siento eternamente agradecida a Bjarne que ha sido mi mentor en esta singladura nueva.

1 LA JORNADA
SEMANAL

Me encanta escribir y tengo la capacidad de traducir la jerga empresarial a una copia que sea segura, clara y humana. Con una economía de palabras y un título impactante para arrancar. Eso se llama en nuestra jerga ser una buena copywriter. Soy una FreeLancer. Es un mundo muy competitivo pero me he ganado mi puesto de muchas maneras, trabajando para otras compañías en todo, de housekeeping, de ayudante de cocina y, al mismo tiempo, prosperaba como FreeLancer. Es un trabajo que me gusta.

He viajado por diversas partes del mundo durante muchos años. En Estados Unidos vivo en San Francisco, o me voy a Chicago o a Nueva York. Pero Nueva York no es más los Estados Unidos de lo que París es Francia o Londres es Inglaterra. Así que descubrí que no conocía mi propio país.

Y la memoria es, en el mejor de los casos, un depósito defectuoso y deformado. No había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz. Sabía de los cambios sólo por los libros y los periódicos. Pero, aparte de eso, llevaba veinticinco años sin sentir el país. En resumen, estaba escribiendo sobre algo de lo que no sabía, y eso en una presunta copywriter y escritora como yo me parecía un crimen.

Cuando yo era muy joven sentía dentro de mí ese ansia de estar en otro sitio.

Ahora al hacerme mayor no me he curado de este prurito. Cuando los

años me calificaron de mayor, el remedio prescrito fue la edad madura. En la edad madura estaba ya segura de que con unos años más se aliviaría mi fiebre y ahora, con cuarenta y uno, pensaba de que tal vez la senilidad lo consiguiese. Nada ha funcionado. Cuatro ásperos pitidos de la sirena de un barco aún me erizan el pelo de la nuca y ponen mis pies en movimiento. El sonido de un reactor, un motor calentándose, hasta el toc-toc en el pavimento de unos cascos herrados producen el viejo estremecimiento, la boca seca y la mirada perdida, las palmas ardientes y una agitación del estómago bajo la caja torácica. En otras palabras, no mejoro; en otras palabras más, el que ha sido vagabundo alguna vez, lo será siempre.

Lo cierto es que yo necesitaba un buen trabajo para viajar tanto pero siempre había tenido trabajos arreglados, temporales, esporádicos que no me habían durado y, en consecuencia, el salario era no relevante en absoluto.

Vivía dentro de una economía privilegiada pero no podía soportar el ritmo de la sociedad. Además yo había sido una buena estudiante pero esto también me había hecho mucho daño puesto que yo aspiraba a ser una gran escritora o una gran profesora pero yo no hablaba, estaba cohibida. Quisiera hablar de mi familia, saber qué me pasó ¿Por qué me reprimí tanto en mi educación? ¿Qué fue lo que más me inhibió, si la educación universitaria llena de conceptos abstractos y no útiles? O ¿si fue la forma en que viví la relación con mi familia, una familia que se había educado en principios morales estrictos? Con lo cual mi padre podía salvar un historial íntegro de reputación como abogado. Y aún así, mi padre fue la persona en quien más creí para yo ser ahora la que soy.

No, no me salvé, porque él también me deprimió. Mi padre era una

persona oscura aunque tenía mucha luz en su forma de presentarse y estar. Mi madre, sin embargo, era más clara pero tenía una educación demasiado imbuida en principios cristianos que la hacían deformar la verdad. Preferí no contarle mi vida ni nada, porque era una mujer muy celosa. Ella estaba mejor si aspiraba a proteger a mi hermano. En conclusión, yo era la protegida de mi padre.

Creo que esto es lo más relevante de mi vida. No sé si me hice una dependencia adicta a esa influencia, lo cierto es que me protegió siempre de aspirar a algo más en la sociedad.

La Universidad me hubiera gustado, me hubiera gustado algo más, pero mis aspiraciones se derrumbaron porque eran muy altas y porque yo tendía a confundir a las personas con mis propias proyecciones. Debiera haber sido más objetiva y haber hecho una práctica profesional, un máster o simplemente aspirar a un cargo oficial. Pero yo no quería eso. Yo era ridículamente imaginativa y además una persona dependiente afectivamente, ya que tenía una dependencia adictiva de las personas porque no había tenido el amor de mi madre y el amor de mi padre además era o estaba basado en mi capacidad de inteligencia y en querer imitarle. Fue lo peor que me pudo suceder, que yo alimentara aquella confusión, porque después fui una nulidad al querer presentarme en la sociedad.

De todas maneras, teníamos bienes suficientes para sobrevivir mientras yo averiguaba qué era aquello para lo que yo servía.

Como redactora yo trabajaba con una sólida cartera de campañas de marketing innovadoras y de alto impacto. Colaboraba con diseñadores, productores digitales, gerentes de campaña y planificadores de mercadotecnia estratégicos para crear activos que atrajeran a nuestros clientes y construyeran la marca de la empresa.

Pero me temo que la enfermedad de sufrir en la sociedad era incurable.

Expongo esto no para instruir a otros, sino para informarme yo. Cuando el virus del desasosiego empieza a tomar posesión de una mujer rebelde, como yo fui, entonces el camino te lleva lejos de aquí y parece ancho, recto y grato para la víctima que debe hallar primero en sí misma una razón buena y suficiente para ponerse en marcha.

Creo que siempre me sedujo la idea de vivir en otro sitio. No lo puedo evitar. Por eso, ahora que vivo sola y separada (de pareja de hecho) tengo incorporado un huerto de razones donde elegir.

Esto no le es difícil a la vagabunda experta. Y con mi historial de FreeLancer.

Siempre he tenido problemas afectivos como depender de las personas mucho. A pesar de mi inteligencia para escribir textos o para captar la atención de la publicidad. Creo que soy una gran independiente pero con una dependencia adherida a las personas de que tengo que demostrarles mi capacidad de inteligencia. Esto me marcó mucho por mi padre. Y toda mi dependencia afectiva se basa en buscar personas que puedan suplir esa falta.

Había conocido profesores, economistas, músicos arreglistas, compañeros de oficio y de habitación o de hotel. Había incorporado un montón de experiencias en mí, pero creo que mi espíritu no estaba saciado así. Y debía salir viajando inmediatamente.

Esta parte del proceso es invariable e indefectible. La expongo sólo para que los recién llegados al vagabundeo no se crean, como adolescentes con un pecado recién urdido, que lo inventaron ellos. Después de trazar el plan, disponer el equipo e iniciar un viaje, interviene y se hace cargo un nuevo factor. Cada viaje, safari o exploración es una entidad, diferente de todos los demás viajes. Tiene personalidad, temperamento. Cada viaje es de nuevo para mí la fuente de recursos donde pongo la imaginación de nuevo en mi trabajo.

Sobresalgo en hacer malabares con múltiples prioridades a la vez. Desarrollo conceptos creativos, escribo y edito una copia atractiva para los activos de la campaña, que incluye material de marketing, infografías, copias web, redes sociales y correo electrónico.

Individualidad, carácter único, es lo quiero imprimir. Un viaje es una persona en sí; no hay dos iguales. Y los planes, las salvaguardas, el control y la coerción son todos infructuosos.

Descubrimos tras años de lucha que no hacemos un viaje: sino que nos hace el viaje a nosotros. Guías, programas, reservas, cosas obligadas e inevitables, se hunden y naufragan en la personalidad del viaje. Sólo cuando el vagabundo de pura cepa reconoce esto puede relajarse y asumirlo. Sólo entonces se disipan las frustraciones. En esto un viaje es como el matrimonio. La forma segura de equivocarse es pensar que lo controlas. Me siento mejor ahora, después de decir esto, aunque sólo los que lo han experimentado lo entenderán.

Soy una experta en estrategia de marketing de contenidos, pautas de marca, guía de estilo y tipología de contenido. Reviso rigurosamente y edito cada trabajo para entregar los entregables de la más alta calidad.

Lo cierto es que tampoco esto lo controlo yo y es el FreeLancer quien me controla a mí. No puedo tener esa imaginación que yo pretendo tener si no viajase, es lo que me gustaría explicar.

«El escritor está obligado a celebrar la probada capacidad del ser humano para la grandeza de espíritu y la grandeza del corazón, para la dignidad en la derrota, para el coraje, para la compasión y para el amor», dijo Steinbeck en 1962, en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura. Seguro que Steinbeck estaba pensando en los granjeros desahuciados que había conocido cuando escribió esos reportajes. Y seguro que también estaba pensando en Tom Collins, el hombre que levantó el primer campamento de acogida para aquellas familias que llegaban en un coche polvoriento cargado de cacerolas, niños, colchones y maletas de cartón.

Lo cierto es que yo no tengo una cobertura mejor que todo eso. Lo único que tengo es un talento natural para escapar de los sitios donde no quiero estar, de las relaciones que me crearon dependencia, de mi mala suerte con los hombres, de eso sí quisiera hablar, aunque no es demasiado notable. Me gustaría tener la capacidad de arreglarlo todo con mi imaginación. Ciertamente es mi espíritu infantil lo que me hace volver a satisfacer esta curiosidad y a diseñar espacios increíblemente bellos y a presentarme increíblemente bella y llena de nueva energía diseñada con vestidos y extensiones de mis cabellos, haciendo de mí un nuevo ser teatral.

Mi mejor amiga se llama Emily y es una abogada que vive en la ciudad de Nueva York con su esposo Jack. Emily es madrastra del notablemente inteligente hijo de ocho años de Jack, William. William vive principalmente con su madre, que es doctora. Sin embargo, Emily a menudo es objeto de miradas maliciosas y susurros de las otras madres en el colegio o el hospital, porque, al parecer, su relación con su esposo comenzó cuando él todavía estaba con su esposa. Tenían un asunto de oficina, y finalmente el matrimonio se disolvió. Emily y Jack recientemente perdieron a su propio

hijo juntos, una niña a la que llamaron Isabella. Tuvieron el bebé durante tres días, luego murió durante la noche del síndrome de muerte súbita del lactante en los brazos de Emily después de ser alimentada.

A menudo, yo era la único al lado de la cama de los pacientes cuando sus familiares y amigos, temerosos o por negar la enfermedad, se mantenían alejados. Había trabajado como cocinera, como asistente de limpieza, pero ahora esos trabajos sólo los ocupaban gente nueva, es decir, gente joven, y yo sólo podía aspirar a trabajar cuidando personas enfermas. Necesitaba siempre un trabajo complementario, no podía estar parada. Mi trabajo de FreeLancer era muy inestable y aunque estaba bien pagado siempre me gastaba el dinero en viajes o en ropa.

Pero de la tristeza de tantas muertes y feos despliegues de prejuicios, de la entrega de tanto tiempo y consuelo, y del desenmarañamiento de mi propia vida doméstica y de la aparente desesperanza de la situación, surgió quizá un cuadro de igual riqueza y humanidad para que la historia fuera edificante y esperanzadora, incluso para que yo pudiera explotar las profundidades de la tristeza humana.

En verdad, de ahí podría surgir un próximo libro.

En el inicio estábamos felices. Y siempre fuimos excesivos. Así que al principio estábamos contentos de exceso. Éramos Richard y yo, ¡dos palíndromos! Y vivíamos ochocientos pies en el aire sobre San Francisco; un apartamento en la parte superior de un edificio en la cima de una colina: lleno de luz, lleno de voces, lleno de ventanas llenas de vistas del mar y puentes y colinas. Richard era el centro. Él era irresistible. Lo que fuera que estuviera diciendo o usando u oliendo era cautivador, todos nuestros sentidos estaban en sintonía. Era un buen cocinero, de hecho era un buen jefe de cocina.

Tan pronto como pude ensayé para poder caminar junto a su lado con unos buenos zapatos altos, me probé los zapatos azules, los buenos vestidos de noche que yo tenía y un perfume admirado, y quería ser como él, y hasta que un día me invitó a cenar a un buen restaurante de San Francisco, un restaurante de lujo donde él habría pretendido trabajar alguna vez.

Tal vez si me hubiese analizado un psiquiatra me hubiera dicho que yo había desarrollado una dependencia afectiva adictiva por ese hombre tan cautivador al que yo había idealizado en mis sueños.

Yo entonces no sabía si quería ser escritora. O todavía no sabía lo que yo quería ser. Eso fue lo que destruyó nuestra relación, mi inseguridad como tantas veces. Pero también el que yo no le conocía realmente a él. El era un tanto destructivo consigo mismo, él era un perfeccionista que nunca tenía suficiente. Un día se reveló y empezó a exigirme.

Revertí la maniobra de mi sexo al verle y me fui, de vuelta por el largo pasillo del piso de arriba, a la barra del estudio. Abrí un gabinete, saqué una copa de cristal tallada, la puse en el mostrador de formica con ambas manos, y la llené con hielo de la fábrica de hielo. Luego tomé una lengüeta del mini refrigerador del bar, la vertí y la llevé por el largo pasillo. El hielo tintineó mientras caminaba. Los clinks eran como la música, como la felicidad. Empujé la pestaña con alegría, la saqué de la copa como un estadio en miniatura lleno de aplausos. Había puesto dos copas de champagne y me debía al sexo, sí, eso era lo que él quería. Y él había obtenido un primer premio en un concurso de los mejores diseñadores de postres.

Entonces yo había publicado dos libros: uno sobre fiestas de lanzamiento y otro sobre batallas entre fantasmas malévolos y estaba trabajando con un tercero.

Fui solícita, llena de cuidado. Le di todo lo que él quería. Le ayudé a querer cosas que él no sabía querer. Cada mañana temprano, los días no laborables, dábamos paseos por Russian Hill con monos azules a juego con ribetes blancos, estilo Royal Tenenbaums, y solíamos correr o hacer un poco de jogging.

Un domingo que teníamos libre hicimos una excursión donde él me llevó por ferry a través de la bahía, recreando el viaje que hizo de niño, antes de que se completara el puente Golden Gate, con la escuela católica en San Francisco. Y fuimos a su casa familiar en el puerto marino. A mitad de camino comenzó a llover, y no teníamos paraguas, así que cuando llegamos nos quedamos en el soportal de una puerta mirando el agua. Él no se había afeitado desde el viernes por la mañana antes del trabajo y se veía rudo. Incluso yo podría verlo. Nuestros monos a juego estaban tristes. Y encendió un cigarrillo.

Miré hacia el agua. Un hombre con una caja y un paraguas pasó a grandes zancadas, nos miró, se detuvo a quince metros, dio media vuelta, caminó hacia atrás y le pasó la caja a Richard. “No puedo darte nada más”, dijo. “Pero toma esto”. Él dijo: “Gracias”, y tomó la caja. El hombre me miró, miró al suelo, se alejó. Richard fumó hasta que el hombre se perdió de vista, luego arrojó su cigarrillo en la cuneta y abrió la caja. “¡Nos dio rosquillas!”, grité. Él me miró y comenzó a reírse. “Ese tipo piensa que no tenemos dinero”. Cogió una rosquilla, se rio de nuevo y se echó azúcar en

polvo en la boca. Comí un glaseado, y luego un chocolate con chispas crujientes. Richard se comió todo el resto, constantemente, devorándolos con gran deleite y sin preferencia por la gelatina sobre el anticuado chocolate o la cuña de azúcar.

Tuvimos placer, y una gran diversión en muchos momentos. Pero en casa me quedé sola o abrumada por la atención. Richard o era ajeno o era hiperactivo. Desapareció en un viaje durante diecisiete días con algunos de sus colegas y me dejó sola con mi perro.

A la vuelta le ignoré cuando me llamó por mi nombre. Le dije que tenía los oídos infectados. Recibí algunos libros como regalo, hasta que luego él se dio cuenta de que yo no me giraba y de que mi ojo izquierdo estaba con ojeras y no se movía. Tuvimos que ir al médico. Él tenía un amigo bajando la colina, hacia la larga sombra de nuestro edificio, cuya madre nos preparó pastel de carne. Cuando descubrí aquel pastel de carne, fuimos a casa y le dije: “Nunca cocinas nada para mí”.

De repente nos volvimos muy exigentes y empezamos a reprocharnos cosas, casi todos los días. “¿Por qué no cocinas?”, “¿por qué no haces esto?” Constantemente eran reproches.

Cuando me di cuenta había perdido mis ganas de viajar, no sabía quién era yo, ni siquiera era una escritora, solamente podía sobrevivir con él y lo único que hacíamos era lo que él decía.

Él desviaba la conversación haciendo preguntas. Y mientras realizaba mis actividades de mujer de la plancha o mujer para la cocina o mujer para todo: él solía buscar un pelador de cables para conectar la batería de una cámara a un clavo y hacer una pistola láser; y construía un dispensador de jugo de naranja con la máquina de higiene dental descartada de WaterPik

para poder desayunar en nuestra habitación; y podía sintetizar un vino de imitación sin alcohol.

Y luego él estaba habilitado para usar pajitas de bebida flexible para desviar y hacer circular agua fría por todo el baño durante una ola de calor, y las palabras se abrieron paso en mis oídos recién drenados: “Richard, una vez estuviste detrás de las paredes, ¿verdad? ¿En una cárcel?”

“Fui soldado de Vietnam”.

Pero era algo de lo que no es necesario hablar al mediodía, ni por la noche.

2 EXTRAÑO DESACOSTUMBRARME A ESE INSTANTE

Yo era marxista. Yo había rechazado los valores espirituales.

Fue un mal momento para mí comprender que yo no tenía nada que compartir con él. Quería irme a mi casa de los Estados Unidos. Mis amigos llegaron más alto que yo, estaban colocados en buenas empresas y pensé que me ayudarían, pero no lo hicieron. Todo el fondo de mi mundo se cayó. Entré en una profunda depresión. Me sentí atrapada. Creí que mis valores me habían traicionado. Pero no concebía otra idea que la del materialismo, era la única idea que podía soportar, quizá como reacción a toda la cultura cristiana que había recibido de mi madre.

Una noche en mi balcón acabé por derrumbarme. Fue como un desmayo repentino y no duradero.

Mucha gente me preguntó luego que ¿cómo?, ¿estaba borracha, había estado fumando?” Pero no, no estaba haciendo nada. Estaba mirando a la luna, una luna llena.

Y entonces vi todas estas sombras en él, en Richard. Me vi, vi mi propio perfil en la luna. Había estado pensando en suicidarme. Yo tenía una pistola. Y me pregunté si lo que estaba viendo era una señal de que la muerte estaba cerca. Y luego mi imagen cayó y en la luna vi una procesión de mis héroes: Karl Marx, Friedrich Engels, Popper, Wittgenstein, Freud y Nietzsche. Y luego la imagen de Jesucristo. Esa fue una imagen no deseada porque no tenía nada que ver con él. Era como la última gota. Empecé a llorar. Todo chorreando, muy violenta. Estaba temblando y tuve la sensación

de que mi alma temblaba. Estaba arrodillada colgando de la barandilla. Y luego corrí adentro por un poco de agua.

Hacía muchos siglos, Confucio reclamaba insistentemente la necesidad adulta de seguir jugando. Llamaba a estos juegos de los adultos «pequeños rituales», es decir, gestos y momentos en los que decidimos salir de nuestra vida «real» para pretender que somos otra persona, en otras circunstancias.

Pero, ¿por qué? ¿Para qué sirven los pequeños rituales? Parece que era para sacarnos de lo de siempre, aunque así también funcionábamos bien. Richard tenía sus propios juegos rituales. Él pasaba mucho tiempo jugando con internet..., lo cual no me debió haber extrañado descubrir esto. Éramos personas que nos habíamos conocido en internet y yo le pedí trabajo.

De todas formas, seguíamos repitiendo los mismos rituales, pero no para abrir nuestro mundo hacia fuera, no para sacarnos de «lo de siempre». Sino para seguir siendo una pareja más o menos estable, que tenía una vida emocional estable, aunque echábamos de menos hacer una especie de viaje emocional nuevo. Algo nos estaba faltando.

Lo cierto era que el hombre se deja llevar por el juego y por la excitación, a veces del placer del juego que estaba ínsito en ello, esto era lo que de verdad nos sostenía, más que la disciplina o la obligación del deber. Lo cierto es que el juego es como el leitmotiv para seguir jugando y para seguir viviendo con nuestras obligaciones. Podemos ver cómo hemos progresado y cómo se ha modernizado todo, y cómo entendemos la vida y el futuro, un futuro altamente tecnologizado.

El homo sapiens se diría que ha reescrito las reglas del juego. Esta especie única de simio ha conseguido en estos setenta mil años cambiar el ecosistema global de formas radicales y sin precedentes.

Pero Richard reclama insistentemente la necesidad de seguir jugando. La verdad es que él se parece mucho a un niño en su conducta, y su aspecto es más juvenil de lo que sería por su edad. Llama a los juegos «pequeños rituales», es decir, gestos y momentos en los que decidimos salir de nuestra vida «real» para pretender que somos otra persona, en otras circunstancias.

Y en ciertas formas nos disfrazamos de otro personaje. Cuando nos conocimos yo tenía una larga melena de color naranja que llamaba mucho la atención y la llevaba cogida en una gran coleta. Llevaba un lazo burdeos, lo recuerdo, y mi cabello brillaba con la lanolina y yo me sentía orgullosa de él. Era mi pequeño ritual, llevar una melena larga y cuidada, semi-ondulante y caída.

Pero nuestras vidas están hechas de cientos de rituales diarios, que suelen ayudarnos a transitar el día a día de forma correcta. Poco a poco, internalizo estos rituales sociales que usamos con distintos saludos, hacemos preguntas diferentes y adoptamos tonos de voz variados cuando hablamos con personas diferentes. Lo hacemos generalmente de forma inconsciente, dependiendo de si estamos hablando a un conocido, alguien a quien acabamos de conocer, o a nuestra madre.

Muchos rituales que hacemos a diario nos ayudan a vivir mejor. Pero otros no nos ayudan. Y desperdiciamos el poder de nuestros pequeños rituales, cuando no los usamos de forma deliberada. Y es que los rituales

pueden ser transformadores porque nos permiten convertirnos durante un momento en una persona diferente. Crean una realidad alternativa que nos permite regresar a nuestro mundo habitual habiendo cambiado un poco.

Por fin, logramos cambiar nuestra forma de relacionarnos con el mundo exterior de forma sólida, visible, sin tener que fingir. Cambiamos el lugar donde estamos, nuestra parcela del mundo. Cambiamos la realidad a través de gestos, de rituales, poderosamente.

Tampoco me valen todos los rituales mágicos. Intento encontrar mis propias fuerzas. Es una paradoja. En el mundo entero, y a través de la noche de los tiempos, los humanos hemos intentado encontrar la fuente de la eterna juventud, sentirnos llenos de vitalidad y de fuerza.

Por ejemplo, arreglarme a mí misma es un ritual que me da fuerzas y que me pone alegre; la tela ya no es simplemente el tejido, se transforma en algo más personal, como un tótem, algo que me da una identidad singular, y la entretela toma cuerpo con mi cuerpo. ¿Cómo puede un simple género lograr tanto movimiento? En realidad, yo busco eso, el movimiento, no perder el vuelo y la sutilidad del movimiento en volandas. Soy una persona frágil y fugaz en todo. Aún así, quiero hacerlo todo por mí misma, no consentir en que nadie me ayude más de lo normal o de lo necesario. Siempre había demostrado una gran capacidad pero porque me había esforzado antes en conseguirlo. Era un juego de debilidades y vulnerabilidades. Porque sufría para poder obtener ese conocimiento o para poder dominar la situación a mi favor, sin que el juego fuese a parar hacia el otro lado, el lado del enemigo o de mi contrincante.

La fortaleza de mente tenía que ser puesta en juego constantemente en mi vida por eso.

Pero lo que aún podría salvarme sería una entrega a una nueva ignorancia, sí, eso sería posible. Pues, al mismo tiempo que lucho por saber, mi nueva ignorancia se convierte en sagrada. Es como la vestal de un secreto. Y sirvo al peligro ignorado. He sabido lo que no logré entender, y sólo me restan los fragmentos incomprensibles de este ritual.

Incluso por vez primera siento que mi ignorancia está finalmente al nivel del mundo. Ah, y ni siquiera deseo que alguien me explique aquello que para serlo tendría que dejar de ser o yo tendría que salir fuera de mí misma.

Todo es un juego, incluso Wittgenstein lo dejó claro, todos son juegos del lenguaje, y pretendemos hacer con eso un código ético, nada más y nada menos. O diversos códigos éticos. No obstante la universalidad estaría en poder plantearlo todo como un juego, es decir, en poder formular racionalmente mi lenguaje y no actuar con agresividad o violencia sino con el lenguaje. Quizá ésa es la única conducta ética que existe o que pudiera coexistir.

El cocinero es responsable de varias estaciones de trabajo asignadas dentro de la cocina, que incluyen, entre otras, el trabajo con equipos tales como, cuchillos, vaporizadores, estación de salteado, freír, hornos, brasero, hervidor de vapor, parrilla de carbón, parrilla, asador, asador, fumadores, woks, rebanadores, procesadores de alimentos, etc. El cocinero prepara ingeniosamente alimentos sanos según lo indique verbalmente o leyendo los tickets de pedidos o los pedidos de eventos de banquetes de acuerdo con las recetas y técnicas de presentación estándar de la compañía, mientras mantiene todas las normas sanitarias estatales aplicables y regulaciones.

Siempre exhibe una actitud amigable y accesible. Siempre es educado y cortés al hablar con los invitados y los miembros del equipo. Busca y aprovecha las oportunidades para ayudar a los invitados y miembros del equipo. Es sincero y genuino durante todas las interacciones. Está preparado con el conocimiento y la habilidad necesarios para responder a las necesidades y preguntas de los invitados y los miembros del equipo.

Debe preparar todos los alimentos de acuerdo con las recetas estándar y el menú para garantizar la consistencia de los productos a los invitados.

Debe lavar, cortar, pelar y/o cortar varios alimentos para prepararlos para cocinar o servir.

Tiene que observar y probar los alimentos para determinar si se han cocinado lo suficiente, utilizando métodos como probarlos, olerlos o

perforarlos con utensilios.

En una cocina abierta, la interacción del huésped o invitado es una necesidad. Debe involucrar al huésped cada vez que venga a su área. Debe explicar el producto, hacer preguntas y establecer relaciones positivas con los invitados.

Tal vez lo que me ha acontecido sea una iluminación, y, para ser yo verdadera, tenga que continuar no estando a su altura, a la altura de Richard, tenga que continuar no entendiéndolo. Toda comprensión repentina se parece mucho a una intensa incompreensión. Pues él está dirigido por reglas constantemente. Estamos inmunizados y respondemos a nuestros leit motiv de luchas.

Toda comprensión intensa es finalmente la revelación de una profunda incompreensión. Todo momento de hallar es un perderse a uno mismo. Y no sé cuándo le hallé. Hemos vivido momentos muy sutiles. Y a veces, yo estando al lado de él, casi no nos sentíamos, nos respetábamos en la leve distancia y había armonía en la convivencia.

¿Qué ha pasado? Creía que este levitar era suficiente para mí, quizá soy muy mayor para él, un hombre siempre necesita una mujer joven.

Cualquier entender mío nunca estará a la altura de esa incompreensión, ya que solamente vivir está a la altura de a lo que yo puedo llegar, mi único nivel es vivir ya.

Había perdido mi real sentido, que era comunicarme, salir fuera de mí por mi propias fuerzas. Había olvidado lo que era viajar, lo que era estudiar nuevas filosofías.

Un día me desmayé en el balcón de un hotel y simplemente decidí no volver ya más con él. Me había salido un trabajo como FreeLancer de una empresa de marketing y podría tener mucho dinero de inmediato y posiblemente sería algo más estable en el futuro. Así que decidí cambiarme de apartamento. Cogí un diminuto loft en China Town.

Tengo que ser crítica con la conciencia moderna. Se parte del hecho de que al apoyarse en la tecnología el hombre produce cosas más sensatas y más viables, pero se olvida de poner en vuelo su conciencia y de ser una persona

más afectuosa y vinculada a sus emociones. Así tampoco se puede solucionar el tema de la razón humana, ni de la fundamentación, para lo cual se necesitaría una conciencia mayor y más universal.

La verdad es que no intereso a nadie. Visto de este modo tan microscópico, parece que yo fuese el ombligo del mundo, o el centro de un gran universo, pero nada de lo que me pase a mí en realidad tiene mayor importancia en el orden vital de las cosas ni es más trascendente.

Ni siquiera sé cómo puedo seguir así. Mi dolor lo ha abarcado todo. Yo misma podría tener una depresión mañana, podría tomar más pastillas, podría perder todavía más mi baja autoestima. Todavía no sé por qué alguien se ha fijado en mí, acerca de mi curriculum de manager y copywriter. Sin duda debo parecerle algo rara.

Simplemente la gente es simpática, trata de vivir lo suyo y nada más. Pero yo siempre he sido de las que me he enamorado.

Aunque no me interesa formar un nido ni cuidar de una progenie, yo sólo quiero tener a alguien y saber que está ahí. Y no que está pensando en otra o en alguien más. Y eso fue lo que me pasaba o me pasó con Richard. No podía soportar esa idea. No es que yo sea celosa, es que no podía más.

Ya, pero es cierto que basta que alguien me sonría y recupero la calma y vuelvo a vivir. Ni siquiera he hablado con Emily ni con mi hermano. Estoy totalmente apartada. Me fui aislando.

La forma de hacer el amor para mí es una forma de enmascarar la verdad de los afectos, pero es una forma loable, apacible, o lo fue cuando todo se mezclaba como un ritual más elevado. Ahora no. Ahora no sé siquiera quién era ese hombre, ni me preocupa, ni siento nada por saberlo. Pero no por mí.

La formalización, el convencionalismo y el ritualismo de ese teatro romántico no excluyen la expresividad. El teatro es un lugar para las expresiones. Pero la expresiones son sentimientos objetivos y no una manifestación del interior, de la interioridad psíquica.

Hemos hecho el amor como algo psicoanalítico, como abunda ahora. Por eso son representadas las formas pero no expuestas. Simplemente nos encontramos en un bar y nos miramos. Hablamos de música y estuvimos hablando y hablando.

El mundo no es hoy ningún teatro en el que se representen las acciones y sentimientos, sino un mercado en el que se “exponen”, venden y consumen intimidades. Se prostituyen.

Lo que quiero es contraponer la representación de la exposición, es eso lo que me parece beligerante. El mundo, las emociones del mundo no es ningún teatro en verdad, es la realidad. Y se consumen. Pero no todo se expone de la misma manera. Yo tengo que sentir algo. Tal vez la soledad me pueda confundir, pero tiene que ser algo más.

El teatro es un lugar de representación, mientras que el mercado es un

lugar de exposición. Yo aún creo en el teatro.

Es como el mundo medieval en que se produce una tendencia dirigida contra el mundo, contra este mundo. Esta tendencia se desarrolló en el judaísmo monoteísta y los misterios helenísticos, e iba luego a influir en el cristianismo. En ambos mundos se conoció la castidad cúllica que en el catolicismo llevó al celibato. Una maniática búsqueda de faltas, que hacía estragos en muchos pueblos y procedía del miedo.

Una se pregunta cómo pudo proliferar esa religión y las temibles fuerzas del tabú y a la omnipresente amenaza de infección demoníaca. La respuesta posiblemente es que sirvió de base para un concepto de impureza que en un primer momento no fue moral, sino ritual. La respuesta está en el teatro de la representación, una cosa representada majestuosamente miles de veces da lugar a una gran verdad, simplemente porque es algo simbólico, compartido y porque es un mito que es bello o parece sublimado frente a algo impuro. Casi siempre así es como se actúa o cómo se actuaba en aquella época. Ahora, no. Ahora tenemos otros dioses y otras impurezas. Pero el ritual por sí, sigue y es fundamental para comprender una fuente de creencia.

En la India siempre también han existido misterios clericales, con el antiguo hinduismo y brahmanismo. Tal vez el hombre primitivo renunció a la vida por sacrificio, para obtener algo a cambio, tal vez por un principio egoísta, o porque le resultaba penoso controlar una cosa, para evitar otra. Por eso surge el momento de la purificación de las almas y el surgimiento del ascetismo.

Pueden utilizar en su propio beneficio los instintos de protección y miedo

de los hombres, intensificando su temor e inseguridad. Pero es que ahora hemos tenido y sufrido una ola de profetas y libertadores. Ha habido momentos álgidos de real locura, de exhibición y no de real representación. Cuando te das cuentas ha habido luego casos de hombres proxenetas y de sacerdotes pederastas. Este ha sido el último escándalo de St. Grace Cathedral.

Pero sigo pensando que lo teatral se opone a lo táctil. La comunicación pasa a través de formas rituales y signos, y esto alivia el alma.

Lo malo es ahora, en la modernidad última, en la que se renuncia cada vez más a la distancia teatral a favor de la intimidad. Yo veo ahí una funesta evolución, pues me quita la posibilidad de jugar con las propias imágenes externas y adornarlas con sentimiento.

La prostitución para mí es una forma de enmascarar o disfrazar la distancia con una intimidad que no se adorna con nada.

La distancia escénica impide el contacto inmediato entre cuerpos y almas. El mundo es un teatro. El espacio público se parece a un escenario teatral.

He vivido sobre DJs, bebés recién nacidos, escultores de chapa y patios de ping-pong. En China Town, vivía por encima de un pianista, que practicaba escalas. Cuando no pude soportarlo más, llamé tímidamente a su puerta. Se disculpó y juró no volver a practicar escalas en la casa. Así es como terminé escuchando “Soy un Dandy Doodle de Yankee” todos los días durante un año. Pero el ruido de Blake era diferente. No me interrumpió, porque la interrupción implica la separación de la actividad, la intervención de elementos externos.

Más bien, el mundo de Blake se convirtió en mi mundo. Estaba pagando el alquiler como una sola persona, pero viviendo con una familia entera. Todas las tardes, él y sus amigos regresaban a casa desde el centro educativo al que asistían y bajaban por los escalones del patio trasero, haciendo sonar la música y demostrando familiaridad con los nombres de los demás. Él se reía de seguido y rápidamente, lo cual podía haber sido su mejor cualidad, si no fuera porque su cara era algo como una de esas esculturas feas a propósito, el tipo de arte que se considera su irritación un logro. Realmente, no puedo decir lo suficiente sobre esto.

Divido mi vida en dos partes. No es realmente un Antes y un Después, más bien como si fueran sujetos libros, que contengan flácidos años de reflexiones vacías, años de la última adolescente o la veinteañera cuya capa de la edad adulta simplemente no encaja. Los años errantes no pierdo tiempo recordando. Miro las fotografías de esos años y mi presencia está ahí, tal vez frente a la Torre Eiffel, o la Estatua de la Libertad, o hasta las rodillas en el agua del mar, saludando y sonriendo. Pero estas experiencias, ahora sé,

fueron recibidas con el tono apagado de desinterés que hacía que incluso los arco iris parecieran grises. Yo no era yo, yo no aparecí en absoluto durante ese periodo y me doy cuenta de que era el color lo que faltaba. Apreté los años a cada lado de esta espera y los sostuve como faros, y cuando llegué al trabajo en esa aburrida mañana de enero, era como si yo misma fuera el Año Nuevo.

Decidí ingresar a este mundo justo cuando me bajé del autobús después de un viaje de compras improductivo en el centro comercial de Fancy.

Había ido a cambiar un par de pantalones y, distraída por mi propio cambio, encontré imposible elegir entre pantalones parchados o bengalas de terciopelo, y temiendo que no fuera a salir de la tienda de departamentos, hice un viaje escalonado de regreso a los confines seguros, dejando mi tarjeta de crédito desvanecida, cuando al salir los cielos se abrieron y empezó a lloviznar para mí.

Y durante la caminata de setenta metros de regreso a mi casa, me mezclé con la lluvia de diciembre y descendí en espiral por el canal hasta que el ciclo de la vida fue momentáneo y, podría decirse, poéticamente completo. Yo salí de mí misma como si hubiese renacido. Es como haber tenido conciencia de que mi madre en aquel momento había vuelto para poder reaparecer y estar conmigo y salvarme de todo lo que había sido la sinrazón anterior de mi vida.

En mi vida hay un antes y un después. La vida que representé e intenté realizar junto a mi padre. Y más allá de todo y mucho después, cuando intenté resucitar en mí a mi madre, una mujer que al fin y al cabo podía haber

sido otra pero era la que era y tenía ahora el valor de volver a mi mente y decirme: “He cambiado y ahora tú puedes ser la que eres”.

En realidad, me había liberado del amor, del ideal puro de amor gracias a ella, gracias a su realidad, fin de cadenas, de lastres agobiantes, de mentiras encubriendo verdades difíciles y del amor imposible, del amor imperfecto.

Ella, mi madre, me permitió verla sin juzgarla, no le colocaba etiquetas como a las otras personas. Ella traspasaba ahora todas las barreras de la coraza de su ego y de su corazón. Pero también se desgarraba con la liberación del dolor y del dolor en placer. Era un equilibrio que a mí siempre me había resultado doloroso, al principio, el de que no quería hacer daño ni que me hicieran daño. Se debía a mi salud o a que había gastado mucha vida, y a que mis ojos ya no tenían la misma vivacidad ni mi cuerpo era ya tan joven.

La “salud” que hoy se erige en valor absoluto, en religión, es también el valor absoluto para el amor, y ya era objeto de respeto para el hombre de la modernidad, que sólo se vale por sí mismo. Tenía que tomarme en serio ahora la salud. Aún así no me encontraba mal, sólo algo cansada. Estaba de moda la fibromialgia, todo el mundo padecía de lo mismo. Yo no creía que yo la tuviera, o podía ser. Lo que sí padecía era de acidez de estómago, una continua acidez quizá por mi adicción al café.

3 AMA DE AMOR LEJANO

—“En Feed the Children conocemos el valor de personas sobresalientes. Más importante aún, queremos encontrar a las personas adecuadas para que se unan a nuestro equipo. Nos enorgullece brindar a nuestros empleados un entorno propicio para un empleo productivo, gratificante y de largo plazo”: Creo que has tenido un éxito extraordinario en tu campaña.

—¿Querrás decir nuestra campaña, Christian?

—Bueno, por la parte que me toca a mí, Sasha, ha sido poner a tu disposición el material, pero la creatividad es tuya.

—¿Qué crees que dirá el jefe? ¿Me contratará para la próxima campaña?

—“Feed the Children” tiene que dar más que hablar. Es una de las marcas más reconocidas de nuestro país, *Feed the Children* se está reconstruyendo desde cero. Estamos acreditados por GuideStar Exchange y BBB Wise giving Alliance.

—Al unirse para vencer el hambre, *Feed the Children* un día creará un mundo donde ningún niño se acueste con hambre. A propósito te invito al almuerzo. Luego tú quedarás con tu amadísima mujercita. Yo estoy esperando tras un largo vacío en mi vida. Por cierto, ¿has visto el tablero de anuncios? Hay recomendaciones para todos los estilos. Me veo obligada a tener que salir a cuidar niños o a hacer de canguro como no me den un nuevo trabajo. Lo de FreeLancer está para mí sobreestimado. Yo prefiero la estabilidad y es mejor el empleo que tenga una continuidad, pero soy un

fracaso. Mi vida ha sido todo lo contrario, perseguir lo que no tiene ninguna clase de continuidad ni firmeza.

—Los que vivimos de esta empresa sabemos que es difícil poder contratar a alguien fijo. Los FreeLancer ocupan la mayor parte de su plantilla, tienes que reconocerlo. Es un trabajo que premia, ante todo, la creatividad pero al precio de la inconsistencia que tiene no seguir un sólo trabajo. Tienes que entregarlo y darlo por último y hecho. Luego empieza otra demanda que aplicar y seguir.

—Tú tienes suerte. Quizás algún día me llame también a mí el jefe.

—Esto de impactar es así, estamos en una cultura del impacto donde todos tenemos que adaptarnos. Tampoco yo estoy seguro del todo aquí, y tengo que seguir demostrándolo.

—Sí, luego vendrán los arribistas, las nuevas generaciones con nuevos currículos admirables o con otro nuevo ímpetu que es lo que se valora en la creatividad y la originalidad de una campaña.

—Bueno, tómatelo así, tú has ganado esta vez. Seguro que el jefe te recomendará, estoy seguro, por lo menos eso.

—Sí, eso me espero. Gracias, Christian.

—Nada, tú eres la bienvenida, Sasha.

Siempre en verdad estaban buscando un redactor para unirse al gran

equipo de marketing y creatividad. El redactor sería responsable de desarrollar contenido escrito claro, relevante e interesante para respaldar una amplia gama de esfuerzos de mercadotecnia, comunicaciones y relaciones públicas, recaudación de fondos, desarrollo y otros en toda la organización. Los canales de comunicación son en gran medida impresos, pero también pueden incluir medios sociales y en línea con una amplia gama de audiencias en el objetivo. Esta posición yo la trabajé dentro de varios departamentos de *Feed the Children*, así como de agencias asociadas externas. La redactora, que era yo, tenía que informar directamente al Director de su contenido creativo e incluir una copia de marketing para materiales de publicidad, boletines informativos, editoriales, informes técnicos, informes anuales, correspondencia, discursos, guías de estilo, presentaciones, materiales colaterales de ventas, materiales de recaudación de fondos, propuestas y diversas comunicaciones internas.

Mi problema no es la licenciatura con énfasis en Inglés, que la tengo, sino el requisito de cumplir también algunos años en Periodismo, Comunicaciones, Publicidad, Marketing o escritura profesional, o tener el Diploma de escuela secundaria o GED requerido. Yo no lo tengo. Nunca quise hacer una carrera, me quedé estudiando lo que yo creía que era importante en ese momento para mí. Pero no pude conectar con la materia y, a veces, era imposible entender a los profesores.

Algunas veces, cuando era más joven, me había sentado en el coche parado en el camino de entrada de la casa familiar, mirando el árbol de durazno en el patio y rozando las estaciones del año mientras mi padre corría para dejar algo o revisar algo del mantenimiento. No sucedió a menudo; en su mayor parte, la casa en su mayoría funcionaba sola. Ahora me doy cuenta, mientras las ruedas chocaban contra las juntas entre las grandes losas de arenisca que formaban las aceras, que nunca había estado a gusto dentro de esa casa. Siempre había querido hacer mi vida y salir y olvidarme de tener algo en propiedad. Casi siempre había compartido apartamentos alquilados o viviendas en la ciudad de San Francisco.

En frente de la casa, ahora veía a mi padre que estaba arreglando cuidadosamente los pedazos de una cama de madera en el jardín delantero. Y mi hermano estaría deslizándose hasta detenerse a través de la calle, donde miraba cómo una chica delgada con una falda larga y arrugada y una camiseta suelta tenía un mensaje que no podía leer del todo. Aquella chica la recuerdo, su cabello era largo y rizado y colgaba en una gruesa trenza por su espalda.

Hice una impresión de esfuerzo para liberarme del recuerdo.

Había mirado mucho tiempo aquellos macizos de flores que bordeaban la casa, con los rieles laterales debajo y las tablillas a cada lado en filas ordenadas, como costillas.

Luego, para mi desconcierto, entré en el rectángulo vacío en el centro de mi cerebro, donde pertenecía el hipocampo de mi memoria, y me dejé caer de espaldas.

Soy una pensadora creativa que es experta en generar nuevas ideas sobre cómo hablar a audiencias específicas. Y sobre todo debo desarrollar fuertes habilidades conceptuales con conocimiento de cómo la copia se relaciona con el arte, el diseño, los gráficos y la tipografía.

Pero ahora estoy aquí y debo llamar a la puerta de mi próximo empleador, un padre de familia que busca a alguien que cuide de sus dos hijos, un niño y una niña.

“No, espera, quédate ahí”. Mi primera reacción había sido rehuir cuando vi que apareció en la puerta mi jefe de marketing.

“No te muevas”. Mi cabeza volvió a desaparecer. Pero en un momento reapareció sosteniendo una cámara, una cámara real, en las manos. Era como un escudo que yo siempre tenía a manos cuando quería esconderme detrás de algo. Siempre me gustaba hacer fotos.

“No, yo simplemente quería hacer algunas fotos de esta colina de San Francisco y había visto también el anuncio en el tablero de anuncios sobre el trabajo, pero nunca pude sospechar que sería mi jefe quién requería esta especial asistencia”.

“Dime si te consideras hábil para este trabajo y te lo daré si realmente lo necesitas. En verdad, quería haber hablado contigo más personalmente sobre aquella campaña de *Feed the Children*, pero todavía estamos a tiempo Pero por ahora te ruego puedas quedarte con mis hijos, son Mia y Moody, de 6 y 9 años y necesitan estar con alguien que les prepare el almuerzo hasta que yo

venga para la cena. Y también te necesitaré la semana que viene porque hago un largo viaje, pero mientras tanto puedes organizarte bien y si necesitas hay una habitación donde puedes alojarte”.

Yo me quedé como estaba, mirando hacia el cielo medio nublado, y mi jefe se inclinó hasta mi cámara casi hasta mi cintura, buscando el tiro o el ángulo correcto de tiro. Por un momento pensé que iba a tomar una foto.

“Será útil para los niños. A ellos les encanta las fotos. Quiero que juegues con ellos. Son niños muy instructivos y son fáciles de hacerlos llevar si les mantienes la ilusión en algo interesante. Son niños un poco hiperactivos pero son también muy reactivos, todo lo imprimen, todo lo absorben. Déjate impresionar por ellos. Aquí están”.

De pronto aparecieron dos niños que parecían muy especiales. Y exactamente así lo eran.

El padre contuvo el aliento, temiendo que la cámara pudiera deslizarse de sus manos a la confiada cara volteada de su hija, para que ella pudiera caer sobre el alféizar y caerse sobre la hierba. Nada de esto sucedió.

Pero esos niños casi no me saludaron, estaban como metidos en una espiral, que sólo ellos conocían, dentro de su propio juego. Yo no debía pertenecer a ese círculo. En cierta forma, me sentí como una advenediza, alguien que no era correspondida y que tenía que ganarme el respeto y la atención de aquellos niños. Empecé desde el primer momento a escamar y a odiar este tipo de trabajo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Lo único que podía hacer era solicitar otro trabajo de panadera a tiempo incompleto por la noche en el obrador que había cerca de mi casa, donde hacía días que había un anuncio de empleo. Eso sí, los dulces eran realmente selectos.

Pero el hecho de que el padre de los niños fuera mi jefe de marketing eso me intrigó mucho más, aún sabiendo que él tenía una novia muy guapa que también trabajaba en otra de las empresas externas, pero lo que me intrigaba más era que yo hubiese sido recibida bien por él y que él se hubiera disculpado por no haber hablado conmigo más tiempo.

La cabeza de la hija se inclinó hacia un lado y a otro, enmarcando la escena como debajo del visor de una cámara que ella trajo de su casa. La cámara ocultó su rostro, ocultó todo menos su cabello, apilada en un remolino muy rizado encima de su cabeza con un halo rubio. Más tarde, cuando Moody, su hermano, vio las fotos terminadas, al principio pensó que Mia, la niña, había capturado algo como un fósil delicado, algo que estuvo durante milenios en el vientre esqueleto de una bestia prehistórica. Entonces él pensó que ella parecía un ángel descansando con sus alas extendidas detrás de ella.

A partir de ahí, empecé a saber cómo captar la atención de aquellos niños tan imaginativos y con tantas ideas. Seguramente su padre estaría orgulloso de ellos.

Y luego, después de un momento, parecía simplemente una niña dormida en una exuberante cama verde, esperando que su hermano se acostara a su lado. “Está bien”, dijo Mia echada hacia abajo. “Lo tengo”. Ella

se deslizó dentro del césped, y Moody se sentó y miró al otro lado de la calle, directamente a su hermana, y su corazón saltó. “¿Quieres ayudar?”, preguntó ella. “¿O simplemente pararte allí?”

Moody quería cruzar la calle, y poder apoyar su bicicleta en el pasillo delantero, o presentarse. Así que parecería que él siempre había sabido el nombre de las personas, y que su hermana siempre lo había sabido, que de alguna manera, él quería conocer a la vecina de abajo.

Cuando entramos en la casa la sala de jugar estaba vacía, excepto por una pila de cajas en una esquina y un gran cojín rojo en el centro del piso. “De esta manera. Aquí”, dijo Mia, depositando una caja de herramientas de acero a los pies de Moody. “Querrás esto”. Le sonrió a Moody, como si fuera un viejo amigo. “Llámame si necesitas otro juego de manos”.

Luego ella regresó al pasillo, y en un momento escucharon el chasquido de una caja abriéndose. Moody empuñó las herramientas con manos expertas, colocando paneles laterales contra la cabecera de una cama improvisada de madera, apoyándolos en un tobillo mientras los cerraba.

Moody se sentó junto a la caja de herramientas abierta y me miró con asombro desplegándose. En su casa, si algo se rompía, su padre llamaba a un reparador para que la arreglara —la estufa, la lavadora, el lavavajillas— o para casi cualquier otra cosa que se desechara y reemplazara.

Siempre acababa buscando trabajo en alguna cocina de restaurante, no tenía ningún sueño de trabajo. La cocina era como un refugio para mí, para no estar expuesta hacia el exterior, me escondía y hacía todo lo posible por concentrarme en la labor.

Me di cuenta de que poco a poco me estaba volviendo más introvertida. Tenía buenos compañeros de trabajo. En realidad, ni me había dado cuenta. Al menos no tenía que estar limpiando casas, ése era un trabajo que odiaba. Como tampoco me gustaba cuidar de niños, aunque el último trabajo resultó interesante, pero agotador.

A veces por Facebook he tenido alguna conversación con su padre, con mi jefe de marketing, pero solamente fue intercambiar algunas frases de saludos y a la vista de si surgía algún nuevo proyecto para mí.

La verdad es que poco a poco he ido perdiendo el interés por todos los trabajos. A pesar de que mi creatividad sigue plasmándose, es por eso que me aceptan aquí o tal vez por las recomendaciones que a veces mi ex ha hecho de mí. No sé. Por momentos creía que podría salir sin él, pero sé que él a veces ha estado preocupado. Aunque no me ha dicho nada. Sabe que yo no le voy a responder. Es mucho daño el que me ha hecho. O nos hemos hecho. Con él está claro.

De repente me pongo seria. “Tu vida no es un desperdicio”: me dice mi colega, Edgard. “¿Qué dices?”. Edgard se refería sólo al curso de introducción donde nos estaban enseñando nuevas recetas y él estaba enseñando a otros estudiantes, pero yo le había dicho que no necesitaba

aprender más, que me parecía que perdía el tiempo. Que, año tras año, no me importaba aprender ni siquiera la línea de tiempo básica. Yo siempre había confiado en mi intuición, no era buena con las recetas. Es cierto, era mejor cuando era libre y creativa. Y él lo sabía.

“¿Por qué dices eso de mí? Es como si me atacaras o como si no quisieras reconocer lo que para mí es una pérdida de tiempo.”

Él tiene cuarenta y tres años, pienso. Él sí sabe algo de la vida, desperdiciada o no. Pero es una buena cosa poder escuchar a alguien que se preocupa de ti. “Quédate quieta”, me dice. “Hay algo en tu cabello”. Mi cabello está fresco y un poco húmedo, no muy seco por la condensación de vapor de agua en la cocina. Yo me quedo quieta, con los ojos abiertos y fijos en su rostro. No es un pétalo de flor, como él pensó primero, me dice. “Es una mariquita”.

“Oh, ten cuidado”. Vamos a tener que introducir ahora insectos exóticos en nuestras recetas de cocina. “Sí, sería una gran idea, no es totalmente descartable”. “A priori no suena mal, pero no es algo que creo guste al público popular, tengo experiencia de ello. Es mejor seguir poniendo pétalos de flores y cosas más sencillas.” “Sí, pero los coleópteros algún día los podremos servir fritos, me han dicho que están exquisitos”.

Yo sabía que Edgard tenía la admiración de algunas de sus alumnas, pero cuando me hablaba siempre ponía un aire seductor especial. Quizá valoraba mis conocimientos o mi forma inexperta o desentendida de los asuntos. No lo sé. Lo cierto es que no hablábamos mucho y yo no quería cambiar la relación que tenía con él. No me gustaba interferir con mis colegas de trabajo. Me gustaba tener una relación de armonía. Él tampoco hacía nada. Luego tampoco yo tenía que hacer nada. Estoy segura de que si yo hiciera por proponer algo, como salir por la noche e ir a algún concierto o a cenar, él perdería la ilusión que tenía puesta en mí, por el hecho de que yo no le daba importancia, y, de otro modo, yo me pondría en una situación inferioridad pues tendría que esperar a que me correspondiese, de lo contrario habría perdido la antigua y primera ilusión por la cita.

La verdad es que yo conocía muy bien lo que duraba la ilusión en los hombres. Se apagaba cuando tenías la primera cita o el primer contacto, no es que no quisieran seguir, es que ellos tenían más oportunidades nuevas, tenía otras admiradoras. No, no quería derrochar mi tiempo ahí. Siempre era demasiado enamoradiza, luego sería yo la que sufriría, estoy segura. Así que no intentaba nada, a pesar de que me gustaba, claro, su paciencia, su condescendencia, la forma en que a veces me ayudaba a preparar los postres y su dedicación a la enseñanza.

Cuando era más joven siempre había preferido salir en pandilla, en un grupo de personas, a las que nos gustaba cierta música indie o folk, y eso nos unía, y a veces nos unía más. Pero no tenía una pareja, ni la buscaba. Y

también el hecho de que mi pareja haya sido cocinero ya eso me había inhibido de caer de nuevo en la misma tentación. Prefería buscar a alguien dentro de otro mundo, como el de la música. De hecho tenía algunas oportunidades a veces que no dejé escapar.

“¿Querías algo, Sasha?” Me pregunta Stan, mi jefe de marketing cuando voy a mirar si hay algún anuncio en el tablero principal de la oficina general.

Estoy muy consciente de su mano, el dedo índice y el pulgar extendidos, como si estuviera apuntando una pistola a mi hombro y la tira hacia atrás. “Solo quería hacer una pregunta sobre el último proyecto que me hablaste”, le digo, sosteniendo una hoja mimeografiada que he desprendido del tablero. “No quise interrumpir nada”, me dice. “Tengo que irme de todos modos”, continúa diciendo. “De todas formas, estaré en mi oficina y podemos luego hablar”.

“Que tengas una buena mañana, Stan. Ahora tengo que salir pero te veré mañana”. “Sí, yo también debo salir pero mañana te veré”.

Mientras se desliza junto a mí por el pasillo, veo que se está sonrojando y su propia cara se calienta. Cuando se ha ido, yo me siento en la esquina del escritorio de Christian. “Chica guapa”, dice. “Yo también quisiera ser tu asistente de verano, ¿no?” “Pero ¿qué dices? ¿Es que no tienes novia?”. Christian despliega su mano mientras sostiene un bolígrafo que mueve sobre la punta de su dedo.

Luego sigue removiendo el camino de su huella dactilar, dando vueltas y vueltas en bucles y bucles. Quiere aplastar su puño en medio de una sonrisa, para sentir el diente ligeramente torcido y cortar sus nudillos. En su lugar, aprieta un papel con el pulgar y sigue adelante y se va a su lugar de trabajo. No hay nada que decir, todo es una mímica de gestos entre nosotros.

Él es de la plantilla permanente y eso tiene de ventaja conmigo.

La cáscara de unas palomitas de maíz caramelizadas se cierra entre mis dedos, y las aprieto y se convierten en un polvo de color azufre. Me las llevo a la boca y me las como. Christian sigue pasando su dedo por las espigas de los libros, lo veo desde el otro lado del pasillo, que está separado con cristales de la oficina. Más tarde, digo adiós con un saludo de mano y me voy.

Ahora anhelaré la calma ignorante de este momento, para ese último segundo, cuando la mirada de Stan apareció como el peor problema para mi mente. ¿Qué querrá decirme?

Pero por ahora, cuando suena el teléfono, me siento tan aliviada por la interrupción que al principio no escucho la ansiedad en la voz de mi amiga Emily. “¿Sasha?”, dice ella.

“¿Podrías venir a casa, a Nueva York?” “Ahora no puedo, tengo trabajo”. “Pero normalmente soy yo la que siempre está trabajando” “Sí ya lo sé. Dime qué es lo que pasa. ¿Podrías esperar un poco?”

“Sí, tendremos que esperar para poder vernos. Creo que el tema del niño me pone nerviosa y lo estoy pasando mal. Jack no lo sabe. Pero el niño está totalmente sugestionado por su madre y lo ha puesto en contra de mí y no sé lo que puedo hacer”.

“Creo que no debes darle tanta importancia, es solo un niño. Creo que debes esperar a que se haga un poco mayor y a que vaya adquiriendo su propio pensamiento. Los niños actúan más que por palabras, actúan por los hechos, los gestos y por los modelos que les mostramos. Si le das más importancia de la que tiene, es posible que termine creyendo que su actitud tiene razón y no la tiene. Lo único que tienes que hacer es esperar un poco a que todo se calme.”

“Sí, eso haré, definitivamente. Tengo que asumir mi papel”.

“Sí, seguro que lo tienes asumido, no te preocupes. ¿Cómo vas en tu trabajo? Espero que esto no te afecte”.

“Mi trabajo bien, ya sabes. Mi socio es mi marido. Sí, estoy encantada. Soy feliz con él. Lo tengo todo, sólo este pequeño resentimiento”.

Finalmente Edgard me ha invitado al cine y he aceptado. Es una película de ciencia ficción de las que a él le gustan, por eso he aceptado porque sé que no tiene que ver conmigo, a necesita una amiga que le acompañe y esta vez seré yo su cómplice.

Mi jefe también sólo me quería para que le cuidase de sus hijos. Esos niños al final dicen que se han encariñado conmigo. Eso parece una mala costumbre porque luego uno tiene que desapegarse de esos sentimientos que tienen los niños y tiene que aceptar que desarrollen su capacidad de individualidad y que se separen. Pero sólo son ellos los que se han engancho.

Siempre juego a ser yo la fuerte, pero lo que pasa es que me da miedo a arriesgarme y a que todo salga otra vez mal. Eso es lo que creo que me pasa. No siento que haya nada seguro. Tampoco he puesto ningún empeño en este trabajo.

Creo que voy a aceptar una propuesta que he solicitado sobre un empleo de cocina en un hospital donde cuidan a enfermos psiquiátricos. Quizá me despreocupe de todo y más si me siento allí confundida con gente que tiene problemas mentales. Sería poner mi capacidad de pensar y de inventar en un sitio que me estimulase de nuevo otra vez. Mi problema es que estoy perdiendo mi originalidad. No me siento fuerte. Ni siquiera he podido ir a Nueva York para visitar a mi amiga como otras veces he hecho. Antes no habría podido pasar ni dos meses sin viajar algo. Ahora sin embargo han pasado más de ocho meses y sigo con una rutina preestablecida. Creo que sí,

que me estoy haciendo vieja al final, y entonces se confirmará el dicho que sólo la edad cura de la enfermedad de viajar o de quererme ir a otro sitio.

Fuimos a ver la película *Edgard y yo*. La película versaba sobre *Contact Harvest* y tenía lugar en el año 2524 del universo Halo, donde la tecnología más rápida que la luz había permitido que la humanidad se propagase a través de la galaxia, fundando nuevas colonias administradas por el Comando Espacial de las Naciones Unidas o UNSC. Las colonias “interiores” más ricas son políticamente dominantes sobre las colonias externas más recientemente establecidas, aunque los planetas más antiguos dependían de los nuevos mundos para las materias primas. Las tensiones condujeron a disturbios y rebeliones directas, con miembros radicales de las colonias exteriores conocidas como “Insurreccionistas” que lanzaron ataques terroristas contra el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en un intento por la independencia.

Creo que la película estaba planteada de una forma interesante, no en vano las colonias significa eso, materias primas a cambio de dependencia, sobre todo, porque la industria y la mayor tecnología la seguían patentando las colonias más ricas o interiores.

Cuando era muy joven, solo tenía veintidós años, me enamoré de alguien que estudiaba precisamente publicidad y creatividad en el mercado y las nuevas técnicas de marketing. En ese momento, yo me puse a estudiar lo mismo también y quise empezar una relación con él, pero él se mantenía siempre algo distanciado de mí. Decía que en principio lo correcto era ser amigos. Yo estuve cuatro años enamorada de él, para mí no existía nadie más. Era la única persona que me había descubierto el mundo que yo quería y lo que yo quería hacer en el mundo. Era una persona culta, que tenía un diálogo y una forma de hablar que te seducía, porque siempre me enseñaba algo, era como un maestro. El problema es que él nunca estuvo vinculado a mí en una relación de afectividad del mismo modo, y cuando finalmente, al cabo de los cuatro años, él cedió para que hiciéramos el amor, todo se rompió, porque él sólo pensaba en prosperar en su empresa y en casarse si podía con la hija de un buen empresario, como después se vio que hizo, todo por su gran fuerza de atractivo.

Aún así no me pesa, aunque él no lo hizo bien, el hecho de mentirme, no decirme nada de lo que perseguía, ponerme como me puso entre la espada y la pared y entre él y la sociedad, creó una lucha por la supervivencia donde yo siempre tenía las de perder. Tal vez él me enseñó lo que yo quería hacer en la vida, pero luego la lección la tenía que sacar yo de la vida, el hecho de que me tenía que separar de él, que yo no podía crear una dependencia emocional tan grande como la que creé. Ni con él ni con nadie.

A partir de ese momento para mí fue muy difícil volverme a enamorar de alguien. Me dediqué a trabajar en lo que fuera, tampoco me importaba el

trabajo. Creía que lo más importante era aprender a estar bien conmigo misma. Y creo que lo he conseguido, puedo hablar con mucha gente, he viajado mucho y tengo una relevante posición dentro de esa firma de marketing, aunque sólo como FreeLancer. En definitiva, se puede decir que con mis años he logrado casi todo lo que me había propuesto, excepto una cosa, volverme a enamorar, es algo que no sé qué me pasa. Cuando veo a alguien que me gusta en vez de querer atraerlo hacia mí, lo que hago es que le rehuyo. Quizá porque todavía no he perdido aquel miedo que me inocularon a que me hicieran daño. Y es cierto no lo he superado.

No es sólo el miedo a la intimidad, como lo llaman los psicólogos. Porque es un miedo no provocado, es un verdadero miedo a ser conocido por dentro. Es un miedo que tienen muchas personas a amar. Y es difícil saber cómo tratarlo.

Porque es muy difícil admitir que estás abierto a alguien de esta manera, es una vulnerabilidad emocional la del amor hacia los demás. Y entonces da mucho miedo, muy a menudo, pues te da miedo a eso, a enamorarte.

Hay quien piensa que necesita mucho tiempo para desarrollarse en la intimidad de alguien que uno no conoce bien, y hay otros que no, que piensan que la intimidad es instantánea. Pero en mi caso el problema no es la intimidad, porque he vuelto a tener intimidad, el problema no es cuando la usas con un desconocido sino con alguien que conoces y que te atrae. En ese momento creo que es cuando me bloqueo. Porque de pronto me siento identificado con él y empiezo a proyectar cosas con él o sobre él y quizá lo que hago es empezar a depender emocionalmente y eso es lo que no quiero.

El miedo nos obliga, nos hace juzgar a las personas con etiquetas, lo que nosotros queremos desde el miedo es estar seguros de que estamos en la parte segura del mundo, entonces empezamos a dividir el mundo entre seguro e inseguro y hay que intentar soltar el miedo, es uno de los peores lastres.

Entonces hay mucha gente que se pone en lo peor: “Y si no puedo llegar a lo que me he propuesto”. Debilitando su salud física, basta pensar eso para sentir ya la sensación que tendrías si todo eso se llegase a materializar de algún modo.

Ahora no quiero pensar en eso, ahora sólo quiero pensar en que estoy aspirando a ese nuevo trabajo en el centro psiquiátrico y que eso también me hará olvidar mis miedos, el miedo de Edgard, el miedo de Stan, todos los miedos, el miedo de Christian. Este nuevo miedo de enfrentarme con esos nuevos pacientes trastornados o acomplexados por la vida, quizá más que yo, pero de un modo que me inoculará para siempre de todos los demás miedos.

La verdad es que no sé lo que quiero.

4 COMPRENDER LO QUE DICE MI VOZ EN LA NOCHE

Edgard dice que los libros son nuestros mejores amantes y nuestros amigos más provocadores. Tiene razón, pero yo también tengo razón. Los libros realmente pueden lastimarte. Pensé que lo sabía, el día que no terminé hasta el día siguiente de leer. Resultó que todavía tenía mucho que aprender. Por lo general, salgo con mi bicicleta y la llevo en el último pedacito de mi viaje al trabajo. Una vez que paso la parada de autobús, la carretera empedrada se estrecha y también lo hace el pavimento en esta parte de San Francisco, por lo que es mucho menos complicado de esa manera.

Edgard siempre me regañaba esta afición. He conocido muchos como él; vienen con el anillo en la nariz. Tendría un día de campo si pudiera ver sus tatuajes. Yo sólo llevo uno pequeño pero muy personal.

Cuando trabajas con personas que son dementes es simplemente grosero no saber nada sobre ellos y yo tenía que informarme más. Mi libro trataba sobre cómo mantener la atención y el cuidado del enfermo.

Como dice Edgard, estoy divagando.

Una paciente dijo: “Disculpe, no puedo ver más allá de usted”, así que tuve que recoger los cacharros de la limpieza y hacer un hueco para que viera, pero ella lo dijo cortésmente, me ayudó a arrastrar la rueda del cubo de la limpieza.

Y entonces recordé no hacer suposiciones y juicios. A todos se les permite tener su espacio. Y a mí el mío con este gusto por las cosas simples.

Aún así me gusta la poesía, la escritura y leer.

Creo que es la mejor manera, yo la tengo ensayada ya, de poder llegar a estas personas con un buen libro.

Aquella persona me dijo: “¿Es este tu libro?” Estaba en el suelo. Ella me miró. Me vio el reloj del piercing y el hecho de que mi cabello era naranja pero mis raíces eran marrones, y vacilaban, pero, para darme crédito aparentemente decidió no juzgarme, o tal vez mis uñas limpias y mis dientes blancos se pusieron a mi favor. Sus hombros cayeron un poco. “No puedo recordar la última vez que compré un libro que no tenía las aletas”, dijo, y casi le entregué el libro en ese momento. “Tome, se lo regalo”. Pero antes de que pudiera ofrecerlo, hubo una interrupción por el horario de las comidas y se lanzó al otro lado de la habitación, gritando algo sobre ir a nadar con su hijo.

Al final me he tenido que ajustar al programa y mis tareas incluirán la limpieza por ahora. Las tareas de cocina ya fueron asignadas. Creo que no soy una privilegiada en nada y que la suerte con la edad se me escapa, poco a poco me tengo que adaptar como la mayoría a las condiciones normales o a las peores condiciones.

Tus tareas incluirán: que se realice la limpieza general de diferentes tipos de locales y de materiales de acuerdo con un plan de trabajo y bajo orientación. Deberé realizar el trabajo de forma higiénica, racional y ergonómica con métodos adecuados, limpiadores, herramientas y máquinas. Asegurarme de que se apliquen los métodos y tratamientos de limpieza adecuados a las superficies. Tengo que usar máquinas de limpieza de uso común, como lavado de pisos y limpieza por aspiración.

Y colaborar con el personal interdisciplinario del departamento en la coordinación y planificación de las tareas de limpieza y participar en las reuniones del departamento de servicio.

Somos unos ciento sesenta empleados, en total, y gerentes con diferentes antecedentes educativos. Fisioterapeutas ocupacionales, enfermeras, auxiliares sociales y de salud, neuropsicólogos, personal de servicio y personal administrativo.

Tengo que trabajar independientemente y tener cuidado de mi trabajo. Lo importante es que estará orientado al servicio y tendrá un enfoque acogedor tanto para los pacientes como para sus familiares. Debo hacer un

esfuerzo por hacer de éste un trabajo estable. Tengo que cambiar mi chip, debo tener una gran capacidad de cooperación y un enfoque reconocible para los pacientes, familiares, colegas y directivos del Centro de Rehabilitación y Lesión Cerebral.

Si lo hago así puedo progresar a más, me lo han prometido.

El centro de rehabilitación y lesiones cerebrales funciona por ochenta y dos días, de los cuales cincuenta y dos son para rehabilitación general y treinta para neurorrehabilitación divididos en cuatro departamentos. Además, el centro cuenta con un departamento para pacientes ambulatorios que lleva a cabo la rehabilitación ambulatoria y la rehabilitación durante aproximadamente seiscientos ciudadanos al año.

El centro de rehabilitación y lesiones cerebrales es parte de la Administración de Salud y Atención en el Municipio de San Francisco, que apoya la operación y el desarrollo del centro.

Yo estaré afiliada al departamento de servicio y en la solución de tareas diarias y formaré parte de la colaboración con el personal interdisciplinario de los departamentos. He tenido un programa introductorio donde se adjuntaba un mentor. Lo emocionante es que quieren un entorno de trabajo dinámico que se centre en el intercambio de conocimientos, el bienestar, el ahorro académico y la cooperación interdisciplinaria.

Miré a mi alrededor para ver si había alguien cerca que pudiera haber dejado algo perdido. Voy desandando los pasos, buscando, con los ojos clavados en el suelo.

Una mujer parada afuera de la dependencia de la rehabilitación estaba revisando su bolso con urgencia, y estaba a punto de acercarme a ella cuando sacó su teléfono y contestó. No es ella, entonces. Busco alguien que ha perdido un collar de perlas grises. Puede ser valioso, pero me parece que es imitación, por supuesto. Lo guardo en mi bolsillo.

No hay rastro de nadie en busca de un collar. Pensé en dejarlo en el alféizar de la ventana, como lo haría con un guante caído, pero se podría arruinar con el viento, así que lo puse junto con la cesta de los otros libros.

Trabajar aquí, no es tan difícil. Tu pensarías. Cuando entré estaba tranquilo. Llegué un poco tarde, en parte debido a que mi bicicleta tenía mal el asiento y tuve que regularlo. Pero de todos modos me estaba yendo bien al empezar a las once y luego me quedaría hasta por la noche. Después de haber encerrado mi bicicleta, fui a la cafetería para tomarme un café y allí estaba mi mentor esperando antes de comenzar.

En esta cafetería no puedes ignorar las flores de seda y los letreros que dicen cosas como “Llega como un extraño, vete como un amigo”. “El café es un buen amigo”, me dice Archie, mi mentor. “Me encanta pasar por la puerta y observar estas flores gigantes y salvajes de seda”, le respondo yo.

La cafetería huele a café de arábica y repostería de auténtica mantequilla. Archie no come nada. Pero a mí se me antoja algo, al menos hasta mi turno de comer oficialmente. Sospecho que él luego saldrá a degustar estos manjares cuando no haya nadie cerca. Se ve que es una persona tranquila y que le gusta comer, pues tiene algo de tripa en la cintura.

Todos los años en que pasé los días sin parar, se han metido en las paredes de mi cerebro, en la madera y las páginas de mis libros. Hay algo acerca de pararse, rodeado de estantes y madera, como en ese hospital, que me hace pensar en estar en un bosque, aunque nunca, pensándolo bien, he estado en un bosque así. Y si lo estuviera, supongo que el olor sería diferente.

De esa forma, convidé a Archie su café. “Gracias”. “De nada, mi mano derecha siempre es útil”, le dije ya que puedo seguir trabajando quizá mejor. No es que sea zurda es que pienso cosas que me parecen que son divertidas. Le mostré una sonrisa sarcástica y lo golpeé en el chaleco. Hay un montón de Archie debajo de ese chaleco. En realidad, él tiene que proporcionarme las herramientas psicológicas para poder pasarlo lo mejor posible con los pacientes. “Voy a tomar el aire”, dijo. “Sé excelente en mi ausencia, Sasha”. “Como siempre”, dije.

Hay ventanales a cada lado de las puertas del centro y me toca empezar con la limpieza.

Los miércoles tengo un comienzo tardío porque me quedo después de las horas del martes que son por la noche mayormente.

Uno de los pacientes después de la cena degenera en algo mucho menos interesante después de la segunda copa de mosto sin alcohol. Uno de ellos se está divorciando. El resto es envidioso o desaprobador, aunque todo está oculto bajo simpatía. Es brevemente divertido pero en última instancia desagradable.

Una cosa que me gusta es que lo organizamos todo en un solo lugar para tomar el té o el mosto o el chocolate bebido. Así que hago lo posible por que escuchen el fragmento de un libro que abro al azar, luego me quedo fuera del resto. Me da la oportunidad de hacer las cosas que no puedo hacer cuando tengo que limpiar.

Es sorprendente lo mucho que haces cuando no te interrumpen. Archie dice que si siguiera mi camino como una rutina predestinada la gente estaría molesta, pero lo que hacía era seguir casi un sistema bellamente ordenado que no podía molestar a nadie.

Yo le digo que está siendo injusto con los demás, pero que hasta ahora los demás me han tolerado. No les he atropellado, sólo les he puesto el té o el café. Pero no creo en una prueba de competencia como han querido poner a otros de mis colegas.

Sé que había reglas básicas y debería tratarlas con respeto y no ser una imbécil para las personas que confiaban en mí.

“Stephen, de veinte años, abandona su hogar en Hong Kong justo cuando los japoneses están listos para invadir China, hacia Hong Kong. Él es enviado a Tarumi, un pequeño pueblo junto a la playa en Japón, para recuperarse de la tuberculosis. Allí, conoce y desarrolla amistades con tres adultos, Matsu, Kenzo y Sachi, y una niña, Keiko, que tiene su propia edad”.

Sigo leyendo sobre un libro que parece interesar a mis pacientes:

“Keiko se convierte en su primer amor, pero no puede ser porque ella es japonesa y él es chino. Los japoneses y los chinos estaban peleando una guerra en ese momento, y la familia de Keiko tenía opiniones prejuiciosas sobre los chinos (especialmente el padre de Keiko). Sin embargo, Keiko todavía ve a Stephen. Luego, el hermano de Keiko finalmente muere luchando por Japón, y eso hace que Keiko se sienta culpable por haber salido con Stephen. Ella termina la relación por eso”.

“¿Qué os ha parecido? Así es la historia”.

“Pero ¿así termina? ¿Simplemente se rompe la relación? Normalmente las historias que se rompen siempre vuelven y nunca terminan”.

“Ciertamente es una buena apreciación”, le digo a una de las más inteligentes pacientes, es una mujer que siempre lleva una gorra de lana de pashmina y a quien normalmente le gusta coser. Pero continúo con la lectura.

“Además, hay un triángulo de amor amargo entre Sachi, Kenzo y Matsu”.

Ahora todos se sorprenden y me piden que siga contando.

“Sachi ha contraído la lepra. Los leprosos son forzados al exilio y se dice que deshonran a su familia debido a sus cuerpos desfigurados. Sachi dice que la sociedad piensa en ella como un monstruo, y estos pensamientos obviamente se han contagiado de su autoconcepto. Ella siempre se asegura de que nadie pueda ver el lado izquierdo de su cara con cicatrices (el lado derecho es intachable y Stephen lo considera el rostro más hermoso que haya visto). Tal belleza existente junto a las cicatrices muestra que la belleza está en todo. Cuando Sachi era más joven y una de las chicas más hermosas de Tarumi, estaba comprometida con Kenzo, un chico guapo que tenía la promesa de un gran futuro exitoso. Pero cuando Sachi contrajo la lepra, Kenzo tenía demasiado miedo de visitarla en Yamaguchi porque no quería ver lo que le había pasado. Nunca se dio cuenta, pero se había enamorado por su belleza, y no por su alma”.

“Entonces ¿qué sucede?, ¿que vuelven a separarse y esta vez es la definitiva?”, me pregunta alguien.

“Bueno, no del todo. Para mantener un poco de contacto en los últimos años con Sachi, Kenzo envió mensajes a través de su amigo de la infancia, Matsu. Matsu es uno de los personajes principales de este libro y albergaba a Stephen. Matsu era el encargado de la casa del abuelo de Stephen y es un hombre muy comprensivo y tranquilo. Matsu enseñó a Stephen muchas lecciones sobre el honor, las crueldades de la humanidad y lo que es amar a

alguien. Matsu era la única persona que realmente estaba allí para Sachi, y con los años él y Sachi habían iniciado una relación simple y amorosa. Intentaron tener un hijo juntos, pero nació muerto. Además, Stephen Ba-ba (padre) tuvo una aventura con una mujer japonesa, e incluso le dio dinero a su amante. Esto empañó la reputación de Ba-ba en la mente de Stephen, y se sintió traicionado por su padre. A lo largo del libro hay un sentimiento subyacente de que la sociedad está fuera de lugar, con sus ideas tradicionales del honor y el hecho de que ha habido una guerra. Mientras que las historias relajantes de sus nuevos amigos frente a la guerra y a favor de la familia eventualmente lo llevan al comienzo de la sabiduría, el amor, el honor y la pérdida.”

“Y ¿eso es todo? ¿No he entendido? Entonces ¿quién se enamora Sachi? Porque Sachi que ha contraído la lepra”.

“Se enamora finalmente Matsu, no Kenzo, Kenzo ha sido un cobarde. Y también es un cobarde el padre de Stephen y el mismo Stephen que no quiere entender a Keiko y no quiere ver la verdad y se siente traicionado.”

“¿Qué es lo que entonces intenta explicarnos la historia del libro?”

“El libro es un intento de explicarnos cómo surge el amor entre dos personas, que no es solo por la belleza sino por la belleza del tiempo y por el respeto a unos valores tradicionales. Creo que ese es el valor de esta novela. ¿Os ha gustado?”

“Sí, mucho. Ciertamente. Tienes que recomendármela para que la lea”.

“Aquí está. Os la dejo para cuando queráis releerla. Estará sobre el estante de los libros”.

Aquella noche cuando Sasha se va a la cama, llora, llora de verdad. No sabe lo que ha hecho con su vida, la ha tirado. No encuentra quizá un sentido de búsqueda.

Entre las cartas que hay sobre la mesa, sin embargo, hay una que llama su atención. Es de color sepia. La abre y contiene un lazo de seda violeta que ata el mensaje que lleva dentro:

“Aún no me conoces pero yo te conozco a ti desde hace mucho tiempo, desde hace una eternidad”.

Simplemente dice eso y no se identifica, ni dice más. Todo sigue teniendo un tinte oscuro e interrogante para ella.

Se acordó de aquella frase de Confucio, que reclamaba insistentemente la necesidad adulta de seguir jugando con aquellos pequeños rituales, es decir, gestos y momentos en los que decidimos salir de nuestra vida real para pretender que somos otra persona, en otras circunstancias. Quizá había alguien que había entendido esa idea, su idea. No, no estaba trastornada por ello, pero no podía recordar a nadie de su pasado.

A ella no le gustaba la seducción a través de un papel, ni a través de la pura e idealizada literatura clásica. Todas estas mujeres que han quedado evocadas en la literatura universal, parecían como si no hubieran podido realizarse más allá del enamoramiento o de la vida propia de su seducción y

del seductor. En Inés, por ejemplo, de Don Juan, no se daba ningún paso más, y había versiones que incluso intentaban justificar la seducción, algunas como la de Kierkegaard o el don Giovanni de Mozart, por el propio desvalimiento que siente el seductor, por su cansancio o enfermedad. Pero ella ya no estaba con Dante. Sasha tenía que salir a su otra realidad. Tal vez tendría que empezar a jugar un poco.

La seducción era la mixtura más potente del mundo y ya no existía nadie, no existía otro hombre.

Sasha en verdad tenía miedo de ser seducida, y hacía tiempo que no lo era. Pero si alguien la intentaba seducir, normalmente ella tendía a la complacencia, a sentirse enamorada como naturalmente lo era. De seguro que sí, que se dejaría impresionar, pero había algo en esa carta que la hacía sospechar.

Pero tal vez una carta no sea la mejor forma. Es como tomar la palabra de repente, en un alarde de seducción oratoria, creando una competición oral con su coparticipante en un diálogo imposible.

En la seducción se sublima el objeto amoroso y se construye otro que vehicula el sentimiento del amor, puede ser el amor a la ley o el amor a la Palabra, sin duda, podía ser eso.

Pero el lenguaje era la clave de todo. De esta manera, por el lenguaje se objetualiza la seducción, se la despoja de su verdadera fuerza de seducción y de su belleza y se la somete.

Siempre algo es muy seductor cuando se viste refinadamente, cuando se muestra su elegancia.

Detrás de la envoltura inexplicable no se esconde ningún misterio: desnuda se muestra como pura apariencia. Pero no hay un indicativo de lo erótico, lo erótico se sustrae a la evidencia sin misterio del «esto y no otra cosa» y eso no es para Sasha, en verdad, ni la belleza ni la seducción, tampoco el erotismo.

A lo erótico le falta la univocidad de lo deíctico. Son deícticas sólo algunas referencias eróticas. Deíctico es lo relativo a la deixis, que se produce mediante anáforas o liturgias, y es el señalamiento de la persona a un lugar o a un tiempo.

“Para mí lo más erótico es estar expuesta aquí a los consejos de la nueva anáfora de mi cuerpo y para que mi cuerpo pueda sentirse”, pensó Sasha para sí.

“¿Por qué ahora yo está ahí expuesta? ¿Quién me ha puesto delante de esto? ¿Ha quedado algo pendiente en mí? La vida siempre nos expone y es un riesgo para la carne y el cuerpo. Me siento frágil, pero no tanto. Podría ser alguien.”

Finalmente Sasha tenía que saber aprender a tejer una gran red de comunicación y afrontar bien esos mecanismos por los que tomaba sus decisiones para poder aprender a conocer sus emociones genuinas, y para poder sentirse más libre.

Al final todo era el triste recurso a la soledad y de cómo también ella se aislaba de todos.

Pero siguió alternando las labores de la limpieza del centro de Rehabilitación con ciertas prácticas de comunicación oral con los pacientes, sobre todo ella era la encargada de la hora nocturna después de la cena y tenía que intentar acoplarlos para que pudieran irse a dormir en una actitud halagüeña.

“Vamos a ver, una nueva historia comienza así:

»Raphe es una víctima del colapso de las punto-com, un antiguo diseñador de sitios web ahora obligado a trabajar como empleado de una tienda de buzones para llegar a fin de mes. Él descubre que la tienda es en realidad un frente para una estafa. Su exposición a este sórdido subterráneo suscita su curiosidad y, finalmente, lo lleva a un viaje a algunas de las subculturas más extrañas de San Francisco. A través de una serie de intensos encuentros personales, se da cuenta de que no es el hombre que creía que era.

»Lolly es una mujer que no toma prisioneros y se dirige a la ciudad para encontrar el tipo de hombre que no puede encontrar en los suburbios.

Ella descubre que la búsqueda del amor es mucho más complicada de lo que esperaba, especialmente cuando se busca en lugares equivocados.

Mark Hazodo es un rico empresario de videojuegos cuyo amor por los juegos se extiende a una sórdida vida sexual secreta llena de extremos.

»Los viajes de estos tres personajes principales se entrecruzan, se superponen y eventualmente chocan con consecuencias escandalosas, provocativas y, a veces, inquietantes.”

“¿Es eso todo?” “Sí, parece impactante y algo sórdido”. “¿Es que no hay gente normal en esas novelas?”

“Buena pregunta. Tal vez la gente normal no nos interesa, ¿no? ¿Dónde podemos ir a buscar gente interesante? Pero tal vez no habéis captado el mensaje que hay aquí en esta novela”.

“Tiene que ser alguien que esté encantado con su vida o su orientación sexual”.

“Bueno, bueno, por ahí va, pienso yo la historia. El autor argumenta que en una sociedad abierta, donde las personas pueden seguir sus deseos sin restricciones ni vergüenza, las visiones simplistas en blanco y negro de la sexualidad son reemplazadas por orientaciones que existen como matices complejos de gris.”

Sasha trata de comunicar algo más especial y más profundo de significado en la novela y continúa con su hilo discursivo y conductor:

“La novela también describe las consecuencias de vivir en el nuevo milenio, una época en que las últimas generaciones han sido bombardeadas desde el nacimiento con una estimulación sensorial constante. Los comportamientos son llevados a nuevos extremos para experimentar un nivel tangible de alegría, dolor, amor o placer. La novela explora la sexualización de momentos previamente ordinarios, para convertirlos en oportunidades de gratificación. Estos incluyen anuncios clasificados de alquiler de habitaciones, transporte público, procedimientos médicos, de salud y aseo. Incluso el sexo y el uso de drogas se desarrollan de maneras inusuales y peligrosas”.

“Esta novela no me ha gustado ciertamente, me gustó más la novela japonesa”.

“Pero ¿por qué te gusto más la otra novela, porque implicaba conservar valores más tradicionales y no estar abiertos a algo más extremo como es explorar todo el campo sensitivo de las emociones. Yo creo que se puede también explorar el campo sensitivo con la anterior novela pero quizás aquí haya una provocación”.

“Exactamente estamos en una provocación que es cuando las cosas se fuerzan sin más, sin sentido. Yo no le veo el sentido ninguno a esta nueva novela.”

“Vale, pues tomémoslo así. Queda cerrada la argumentación por esta noche. Esperemos seguir pensando en la estimulación y en todo lo que sea necesario pero pensad así siempre siguiendo vuestros libres y propios pensamientos. Por eso os traigo estas novelas. Tal vez la cuestión principal

sería si se puede convertir lo que es una provocación en una manera más refinada y más inteligente de expresión, de forma que se convierta en una seducción. Os traeré más temas como éste. Por ahora, buenas noches a todos y que durmáis bien. Ahora vendrá la enfermera principal”.

5 HARÁN LA OFRENDA CON UN RAMO DE VIENTO

Con gran energía y alegría miro el horizonte, donde el sol se oculta, avisando que el día se acaba. Nada me preocupa, sigo allí, observando hasta que se termina, este otro día vivido. Gracias a la luna que me acompaña. Cada día es una lucha con el implacable tiempo, y sabes que el tiempo se acorta con cada día y cada año. Pero ya no pienso en el tiempo, vivo tranquila el día a día, abriendo los brazos a la vida, amando lo que tengo.

Esta noche y otras yo me guarecía en el abrigo interior de mis sueños y soñaba con tener un amor real. Ay, pero no podía ser.

Emily me había llamado de nuevo. Habíamos concertado un encuentro en Nueva York algunos días que yo libraba. Nos esperaba una gran conversación.

—La mejor forma de que el hijo esté pegado a las faldas o a los pantalones es hacérselo todo, por supuesto... Pero eso no es educar.

—Dime por favor, ¿qué es lo que os ha pasado? ¿Has discutido Emily con tu marido de esto?

—Los padres suelen adoptar el rol de padre: «yo lo sé todo, tú no sabes nada». Son esos padres que deciden qué carrera va a estudiar su hijo, que más tarde remueven Roma con San Francisco para que su hijo encuentre un buen empleo dentro de su círculo de influencias y que más adelante seguirán siempre opinando sobre el trabajo de sus hijos o la vida de sus hijos. Así es como yo veo que ambos están actuando y yo he perdido el control de todo. A

veces quiero marcharme. Él me comprende mejor a mí, somos compañeros de trabajo. Pero no sabe cómo actuar con su hijo. Y la madre es peor aún.

—Sí, ya me contaste la otra vez. El tema es saber estar cada uno en su lugar y que, como adultos, sepamos que transmitir eso a los hijos es muy importante. Que los hijos sepan que los espacios de cada uno son necesarios, y eso no significará que dejas de ser padre o madre, sino que sigues proporcionándoles todo lo que necesitan, amor, respeto, educación, necesidades básicas, tiempo para estar con otros niños..., porque somos sus referentes. Pero sin convertir la relación padres-hijos en un sistema fusionado en el que ninguna de las partes podría nunca sobrevivir de forma independiente. A veces se sobreprotegen pensando que eso es lo único y lo mejor.

—Exactamente, lo están sobreprotegiendo. Y yo echo en falta la niña que perdí con él, que perdimos. Me hace sentirme en un segundo papel, no soy la madre sino que soy la madrastra, con las connotaciones negativas.

—Tienes que hablar con él y que él te dé tu lugar, Emily

—Debe aprender a soltar lastre y a dejar que las cosas ocurran, a enfrentarse a sus rigurosos principios. Debe abandonar sus constantes mecanismos de defensa y abrirse más a mí, confiar en su hijo. Y comportarse con él con más soltura y espontaneidad.

—Sí, claro. Hay que saber tomar distancia y relajarse de vez en cuando.

—Si el niño puede y quiere alcanzar las elevadas metas que le marcan, es posible que tenga un rendimiento óptimo académicamente hablando, pero que acabe desarrollando una personalidad exigente y perfeccionista, como la de su progenitor. Yo creo que él no está siendo objetivo. Se está dejando llevar por sus propias frustraciones, por la frustración que hemos sentido al no poder tener un hijo más de nosotros o por la misma frustración que siente cuando tiene que hacer de padre separado, no sé. He pensado lo peor, he pensado en dejarle.

—No, no digas eso. Es que te veo mal y triste. Tienes que ser positiva, mira yo, estoy sin nadie pero tampoco es un ideal, te aseguro que no, que me siento muchas veces muy sola. Y el trabajo en el centro de rehabilitación me agota y luego no tengo ni me queda tiempo para nada más. Estoy sola. Solo que yo parece que me gusta la soledad, he nacido con esos genes.

—Sí, no todo el mundo sirve para estar sola. Pero no es mi caso. Yo estoy segura de que la soledad no me da miedo. Es él que me lo encuentro todos los días, pero no hablamos, estamos en el trabajo y en casa, pero cumplimos un papel como un roll. Y si tenemos que hablar del niño nos peleamos. Yo sigo yendo a recogerlo a colegio, y a mí me corresponde también parte de su educación.

—Bueno esta charla creo que no debe continuar con tanta tensión. Vayamos a cenar a un buen restaurante de Nueva York ¿no? ¿O es que te has propuesto que también se arruine nuestra fiesta?

—No, en absoluto, claro que no. Tú eres como una buena bocanada de aire fresco que ha entrado en estas horas. Vayamos sí a desquitarnos un poco

de este mal sabor de boca.

Luego nuestra conversación inevitablemente volverá a surgir durante nuestra cena. Sin embargo, dejo que Emily me explique todo lo que ella piensa o siente porque le viene bien hablar con alguien.

—Es bueno empezar con una buena copa de champagne.

—Sí, amiga Sasha, ha sido una buena elección.

—Dime qué es lo que te preocupa realmente. No te quedes reprimida o callada, dime todo lo que está pasando por tu cabeza, ya sé que es duro, pero estás en un momento en que no dejas de pensar en tu familia y tienes que sacarlo fuera de ti.

—Como te he dicho antes, la exigencia es una proyección de ese ideal de perfección que esa madre proyecta sobre su hijo. La madre alimenta al hijo haciéndole suyo y le llena la cabeza de mensajes que invalidan que en el futuro el hijo pueda amar a otra persona: «Nadie te quiere como yo, nadie te valora como yo; eres perfecto». Ese niño ya es una víctima. Conscientemente cree que su madre le adora. Pero en el inconsciente está en lucha continua por recibir esa constante aprobación de su madre, por adaptarse al ideal de perfección de su madre.

—Sí, te entiendo. Pero siempre existe ese juego de vulnerabilidades y capacidades, que hay que entender. El hijo necesita seguridad.

—Sí, claro, pero si los padres esperan del hijo o hija talentos especiales,

brillantez intelectual, atractivo físico, habilidad atlética... o una combinación de todo lo anterior, ese niño o niña adopta el papel del elegido o la elegida que va a cumplir los anhelos y los sueños de los padres, y deja de ser él mismo para ser otro. Se convierte en otro a un nivel inconsciente, un otro fusionado a la adoración y las expectativas de los padres. Y eso es tremendo —Emily pone su mano sobre la cabeza y me mira abriendo sus ojos claros muy grandes.

—Y pierde su verdadero yo.

—Los padres deben enseñar a sus hijos, a través del ejemplo y directamente, de que él no es el centro del universo. Y así, a una edad muy temprana, los niños aprenden a ser empáticos con las preocupaciones y sentimientos de los demás. El niño emocionalmente sano es espontáneo y alegre, y, poco a poco, se separa de su madre y su padre y se convierte en un individuo capaz de dar y recibir amor.

—Sí, yo creo que el niño que no es amado por sí mismo es, en el fondo, alguien tremendamente inseguro. Y sufre por tanto.

—Sí, a veces a este comportamiento se le llama «vergüenza tóxica». Ese niño es alguien que crece con la idea de que no vale, de que no sirve para nada. Una idea interiorizada en lo más profundo del subconsciente, que el niño debe enterrar como sea o si no se hace dependiente o bien agresivo en el futuro.

—Estamos desde luego haciendo una buena guía de psicología para madres y padres, Emily. Pero comamos este delicioso manjar que nos han

puesto: el arroz negro con vieiras y caviar de salmón rojo.

—El vino es de lo mejor, una buena elección Sasha de tu cosecha de conocimiento gastronómico.

—Sí, nada mejor que un buen vino de Napa Valley, bodegas Samsara. Una delicia y una delicadez en la boca.

Sin duda la nueva película a la que me ha invitado Edgard da mucho que pensar. Le encanta el cine de ciencia ficción y tuve que aceptar porque siempre me pone entre un dilema, si aceptaba me invitaría después a otra película que me gustase a mí. No hemos tenido ni tiempo de tomar a gusto las hamburguesas a las que yo le he invitado esta vez, pero bueno, la película no sé si me ha enseñado algo nuevo. Tenía el atractivo de que recordaba a esa gran saga de libros de Asimov.

El argumento es simplemente el de que Cobb Anderson es un científico informático retirado que una vez fue juzgado por traición por descubrir cómo dar a los robots inteligencia artificial y libre albedrío, creando la carrera de los boppers. Para 2020, han creado una sociedad compleja en la Luna, donde los boppers se desarrollaron porque dependen de circuitos superconductores súper enfriados. En ese año, Anderson es un imitador, un imbécil de Rucker sobre los Baby Boomers ancianos, que vive en la pobreza en Florida y aterrorizado porque le falta el dinero para comprar un nuevo corazón artificial para reemplazar a su fallido, de segunda mano.

A medida que comienza la historia, a Anderson se le acerca un robot duplicado de sí mismo que lo invita a la Luna para que le den la inmortalidad. Mientras tanto, el otro personaje principal de la serie, Sta-Hi Mooney el primer hijo, Stanley Hilary Mooney Jr., un taxista de 25 años y “brainsurfer”, es secuestrado por una pandilla de asesinos en serie conocidos como los Little Kidders que casi se come su cerebro. Cuando Anderson y Mooney viajan juntos a la Luna a costa de los boppers, descubren que estos eventos están estrechamente relacionados: la “inmortalidad” que se le dio a Anderson resulta que su mente se transfiere a un software a través de la misma técnica

de destrucción de cerebro utilizada por los Little Kidders.

El personaje principal de la novela es Ralph Numbers, uno de los 12 robots originales de Anderson que fue el primero en superar las prioridades de Asimov para lograr el libre albedrío. Habiéndose duplicado muchas veces, como se requiere que hagan los boppers, para fomentar la selección natural, Numbers se encuentra atrapado en una guerra civil lunar entre las masas de “pequeños boppers” y los “grandes boppers” que quieren fusionar toda la conciencia de los robots en sus procesadores masivos.

Cuando salgo del cine ya no sé cómo pensar. Creo que Edgard quiere hacer el amor conmigo, pero no lo parece. Él ya tiene una colección de amigas. Y a mí me quiere como una amiga más, tal vez quiere que mi conciencia se procese como un robot, para que pueda entenderme o mirarme como alguna otra cosa más.

Cuando llego a casa me encuentro una nueva carta de color sepia enviada con un matasellos de correos, la anterior había sido depositada sin sello, pero ésta tiene un sello. Es bellísima, viene con su lazo violeta dentro otra vez. ¿Qué querrá decirme ahora el anónimo mensajero?

“Nunca he conocido a nadie tan original como tú. Tienes que enseñarme tu secreto”.

Archie mi mentor quiere que esté puntual en el centro y a veces me invita a café y a cookies. Es una persona muy sensible y sabe captar bien las necesidades de los pacientes y distinguirlos por sus formas de ser.

Entre todo esto, las cosas extrañas de nuestros pacientes comienzan a desentrañarse. Un estudiante de arte llamado Beej, se vuelve más sucio y sin hogar, afirmando que es para desatar un dios. La asistente de una maestra graduada llamada Jane, cree que es emboscada por un alud y luego se transforma en un ser de barro que puede transformar su cuerpo a su voluntad en diferentes formas; y ella declara que su misión es resucitar a la diosa de la tierra.

Además, Alice, que se creen la amante de alguien, ha desarrollado su necesidad de prender fuego a las cosas cada vez más. Sin embargo, todo esto se conecta con Jonathan, que es un egocéntrico con una personalidad un poco psicopática y todos debemos tener más cuidado con él. Tanto Beej como Jane hacen varias visitas a la cafetería para desatar un dios que, según ellos, está preso allí; Alice quiere quemar el lugar hasta el suelo pero no sabe por qué. Incluso Marzi está sujeta a algunos encuentros extraños, como sus sueños surrealistas, donde está flotando sobre el condado de Santa Cruz y ve todo destruido. Además, sus propios problemas personales vuelven a ser evidentes cuando tiene que enfrentarse a sus propios miedos, como abrir una puerta cerrada.

La serie de los pacientes se completa con la llegada de Mary Ann, una

joven ingenua de Cleveland, Ohio, que estaba de vacaciones en San Francisco cuando decidió impulsivamente quedarse. Encuentra un apartamento en Barbary Lane, en el dominio de la excéntrica casera Anna, que cultiva marihuana.

Mary Ann se hace amiga de otros inquilinos del edificio: una hippie bisexual y un heterosexual con un techo siniestro y cauteloso en su habitación, y un hombre gay dulce y agradable conocido por sus amigos como Mouse. Todo este cuadro ella nos lo pinta cada vez que puede hablar con nosotros y siempre habla de sí misma, no tiene conciencia de los demás que le rodeamos.

Archie me lleva a las reuniones con la contaduría del centro, para que pueda escuchar las batallas que se traen por comprar nuevos muebles o por contratar más personal. Quieren una cocinera para el centro de discapacitados y me han propuesto a mí. Él comienza asintiendo con la cabeza y luego asiente con la barbilla en el pecho. Es gracioso, se ve pequeño cuando se sienta. Cuando está elevado, y está hablando, parece demasiado grande para los demás, demasiado grande para mí, aunque dice que ese nuevo centro de discapacitados es perfecto para él y para mí.

Está haciendo como planes para él pero también para mí. Le pregunté una vez cómo terminó teniendo ese gusto por la excentricidad y por el cambio, y me dijo: “Ahora es hora de ser contenido”, lo que parecía una respuesta ridícula, pues a él le gustaba el cambio o el adaptarse a diferentes situaciones. En otra ocasión, me dijo que vino hasta aquí para ver a un amigo, y éste se puso demasiado contento e hizo lo posible por ofrecerse a colaborar casi por un capricho.

También ridículo, pero es más probable que sea verdad.

Había una nueva carta en el buzón cuando llegué a casa y cuando la abrí encontré un pedazo de papel de retazo de un libro manuscrito, cuidadosamente doblado para incluir una rosa. El papel crujió cuando lo solté, pero no se rompió. La rosa parecía más quebradiza que la envoltura, y contuve la respiración, sin querer tocarla con nada en absoluto, en caso de que la rompiera.

Los pétalos podrían haber sido de color rosa, una vez, pero se habían convertido en un morado polvoriento, escondido del aire y la luz. Lo replegué en el papel y lo coloqué en el tablón de los anuncios que tengo en la cocina sobre el frigorífico, en la parte delantera del salón de estar, preguntándome quién habría guardado esa rosa allí y por qué era tan antigua; si había sido presionado por un impulso y olvidado, o si era un símbolo de algo más significativo.

Encuentro el hecho de que nunca lo sabré de forma muy reconfortante. Es un misterio que nunca me he atrevido a abordar. ¿Quién quiere aborardarme ahora en estos momentos? ¿Quién hay que sea tan misterioso en mi vida? No podía saberlo.

Es bueno recordar que el mundo está lleno de historias que son, potencialmente, tan misteriosas como la mía. O quizás tan dolorosas, porque aquella rosa me embargó de dolor. ¿Podía ser alguien que estaba sufriendo? ¿Era un mensaje de amor o quizá era todo lo contrario? No tenía nadie que quisiera vengarse de mí o que yo recordara que quisiera algo malo para mí.

Son cosas que para mí no existen. Siempre he sido clara con mis amantes antes de hacer el amor. Y tampoco recuerdo especiales historias ahora mismo.

Pasó una semana, y no hubo candidatos para que yo supiera quién podía ser. Estaba planeando quitar ese papel del tablón esa tarde. Mi plan era colocar en vez de esa flor otra más apropiada y de papel.

Pero también pensé en la posibilidad de ir colocando aquellos mensajes por ver si tenían relación unos con otros.

Eso me hizo sentirme honesta. Sí, a veces pienso demasiado. Hay fallas peores.

Estaba almorzando en el ventilado salón de mi casa pero se quedó una puerta de madera mal ajustada y necesitaba un tirón para cerrarla y un empujón para abrirla; estaba sentada en un sillón frente a un estante donde tenía guardado un cubo y la aspiradora debajo. El sillón era grande y cómodo, atascado en el espacio: pero pude sentarme con las piernas cruzadas. Tengo cereal y yogur y un pan recién salido del horno con una gran ración de lonchas de salami para el almuerzo, que también es lo que tengo para el desayuno, pero me gusta más el desayuno, así que, ¿por qué diablos no debería comerlo dos veces al día?

Archie, que hace las autorizaciones del centro me había dejado que me trajese un par de cajas y, a juzgar por qué, serían para contener historias que luego contaría a mis pacientes o a mis comensales de cocina y mesa.

Ahí estaba dispuesta ya para mi trabajo por la noche. Me gustaba cuando traía cosas y me las quedaba en casa, era como hacer una colección. Me hacía sentir como si estuviera pasando el tiempo y a veces me hacía sentir que el tiempo no tenía sustancia y que debía aprovecharlo.

Hoy es un día en que pienso que el tiempo pasa, sí, y que mi vida ya no es tan mágica, ni soy tan joven, y mi capacidad para inventarme historias creativas se apaga.

Por cierto, me llamó mi jefe de marketing para una nueva historia de FreeLancer, pero no supe si aceptar el trabajo, le dije que lo pensaría. Estoy muy agobiada. No sé si voy a tener tiempo, y luego insistió. También me preguntó si tenía tiempo de cuidar a sus dos críos, que ellos me echaban de menos. Insistió tanto que acepté para este fin de semana.

Además, siempre existe la posibilidad de que pueda cocinar para ellos algo de sustancia La cocinera que tienen no pone atención o prácticamente no existe. Archie me llama tesoro enterrado cuando cocino algo. Es más probable que una persona apasionada como Archie se deje llevar por los sentimientos de efusión. Pero ahora lo dice mi jefe.

Tal vez haya comprado o rastreado cosas raras de esas que son nuevas para producir nuevos sabores. Quizá quiera convencerme para contratarme como cocinera.

Personalmente, estoy con ellos, pero como mi jefe adora señalar, no soy yo quien pone el precio en el contrato.

Antes de comenzar a trabajar para los niños, Stan, mi jefe, me hizo un pequeño aviso: “Encontrado”, o “Perdido”. Él quiere que juegue con sus hijos a este juego. Es un juego de actuar cómo la gente lo hace cuando sus gatos desaparecen. Al igual que no sólo han tenido una mejor oferta para encontrarlos o se han cabreado si no han sabido salir y buscarlos fuera de allí o perderlos.

El aviso decía además: “Encontrado: Sonriendo. Si eres el dueño (no negligente), entra y pregunta por Sasha”.

Stan y yo somos iguales en que tenemos una baja tolerancia para las personas que nos molestan, no es una ventaja en el juego del servicio al cliente, como se dice, pero lo bueno es que diferentes categorías de personas todas se nos muestran tal cuales son. No me gustan las personas que se ríen. Él dice que no hay nada de malo con un poco de *joie de vivre*. No le gustan las personas que huelen. Yo digo que no debes penalizar a las personas por sus circunstancias. No me gustan las personas que intentan bajar el precio o golpear sobre cómo podrían obtenerlo barato en internet. Esas personas no se dan cuenta de que para una gran cantidad de artículos les van a cobrar el envío. Y otros además son inclasificables.

Tenemos que hacer un archivo de los productos que él va a promocionar en la feria de Berlín. La campaña ya ha empezado, pero yo debo estar aquí con sus hijos.

“Me gusta bastante cuando eso sucede”, me dice Moody. “Sucede ¿qué?” “Que no tienes tolerancia con las personas. ¿Tampoco con nosotros?”

“Tú te lo has buscado si no te comes el pan cake junto con la fruta y la granola y el jarabe de arce. Son especiales y está todo muy bueno. Los he hecho especialmente para vosotros”.

A Mia no le gustan las personas a las que se les llama superfans, pero a ella le gusta concentrarse un poco más en la gente y tiene una gran grandilocuencia para buscar la salida con sus palabritas de niña encantadora.

“Vamos a jugar a encontrar algo que hemos escondido. Tenemos que encontrarlo en un tiempo razonable. No valen excusas”.

Pasamos todo el día jugando. Incluso nos interrumpió alguien que era un vendedor de seguros. Así no nos molestan los fanáticos obsesivos, no veo por qué debiera ser. Creo que le cerré la puerta en sus narices. Pensé que el visitante era probablemente un vendedor de juegos instructivos o un coleccionista. Pero ya no había más tiempo que perder, tenía que preparar el almuerzo de los críos y dejar planteada la cena para la noche. Tendría que hacer de canguro todo el día. Eso sí, cogiendo días de excedencia de mi otro trabajo. Seguramente si sigo así me despedirán de todos los trabajos. Mi problema es que nunca me he adaptado a nadie ni a ninguna circunstancia. Sí, me apego mucho a las personas, pero sobre todo a estos niños les he cogido un especial cariño y no sé por qué. Tal vez porque me veo proyectada en la misma vida que mi amiga Emily.

Pasé por alto las infracciones de la legislación de menores sobre la base de que los buenos puntos superan sus fallos o defectos, ya que era una ley de necesidad, la compensación de un mal menor el tener que regañar a estos niños, porque no querían irse a la cama. No se puede regañar, ni se les puede chillar, ni les puedo decir que me tengo que levantar temprano porque tengo que ir a trabajar. Quieren seguir jugando quieren que busque la última cosa que han escondido. No sé qué hacer.

Al final entro en la habitación de Stan, nunca he estado allí, pero es la última oportunidad que nos queda. Abro el cajón del escritorio. Me asombro pues veo una cinta violeta y un papel de color sepia, un poco más abajo en el

cajón inferior aparecen algunos pétalos de rosas secas, desvanecidas, como las que él me envió. No puede ser. No puede ser él. Pero las pruebas son evidentes.

Finalmente no encuentro el libro que los niños han escondido, es una novela gótica que pertenece a su padre y no puedo encontrarla. Me dicen que la pista es errónea, que debo mirar en la cocina. Está bien. Finalmente la encuentro metida detrás de la lavadora.

Aquella novela gótica tiene un sexto sentido de cómo se puede arruinar una cena al interrumpirme, así que esperaba que fueran los niños los que decidieran irse a la cama sin rechistar más.

Cuando doblé el final de la sección de la cocina, vi que los niños estaban hablando entre ellos. Querían vestirse con un abrigo de cuero del padre o disfrazarse de algo, incluso me sugirieron que les hiciera un corte de pelo. Yo les expliqué que no era posible, que tenían que irse a dormir inmediatamente, que mañana volvería después del trabajo y haríamos los deberes y jugaríamos después.

De manera diferente, surgió una risa contagiosa en ellos. Mia lucía como si estuviera en una fiesta con su encanto, y Moody quería ir a ver el mar sobre la grava. Por la mañana los dejé dispuestos para que el autobús del cole los recogiera y me vieron salir y me llamaron la atención. Parecían que todos querían confabularse conmigo al ser la única cuidadora que podía con la hiperactividad de aquellos niños. “Prepárate”, me decía el conductor, “luego los traeré a las cinco” Él no aprueba a las personas que no son buenas con esos niños. “Muy bien”, le dije en un tono extraño aunque halagador. Yo

tampoco apruebo a las personas que maltratan a niños. Por supuesto que no.
“Aquí estoy”, dijo Mia y se subió al autobús.

“¿Puedo ayudar?” “Usted ciertamente puede”, dijo Stan. “Ya lo has hecho, creo.” Sonrió y sus dientes eran rectos y uniformes. “¿De verdad?”

“Tú podrías trabajar para mí. Eres tú la que siempre has elegido el puesto de FreeLancer”.

“Sabes que me gusta la libertad, y además me gusta trabajar en diferentes cosas. Me permite tener una imaginación mayor”.

“Sí, tal vez ese sea el secreto”.

“Es el día del Amor”, dijo Moody desde el sillón del gran salón. “Este caballero está buscando a un poeta desesperado”, añadió Mia.

Algunas veces, cuando era más joven, me había sentado en el coche parado en el camino de entrada, mirando el árbol de durazno en el patio y rozando las estaciones. Y por eso salí hacia fuera del cobertizo de la casa jardín y me senté en las escaleras de la entrada.

“Nada de esto sucede a menudo. Estos niños son así. Siempre juegan”. Me dice Stan que ha salido para ver cómo yo estaba. “¿Estás bien?” “Sí, sí, lo estoy, en serio. Estoy algo cansada. Tengo los huesos doloridos. Tienes razón ya no soy una jovencita. Quizá deba sentar la cabeza. He perdido incluso el gusto por viajar. Antes ponía cualquier excusa para poder irme y salir de

aquí. Creo que esa era la principal razón de por qué no podía trabajar en un trabajo normal”.

Excepto cuando el padre estaba fuera por trabajo, la casa en su mayoría funcionaba sola. Esos niños eran ya mayorcitos y podían pensar por sí solos. Ahora se dio cuenta Stan que había pasado algo, mientras yo seguía apretada juntos a las ruedas del coche.

No estaba seguro de sí, pero alguno de los niños había salido también y había tenido una conversación con una niña en frente de la casa.

“Los estudié a mis hijos. Siempre tienen reacciones sinceras. La gente no se da cuenta de que prácticamente sólo quien inventó la poesía podía tener alma de niño”.

“¿Qué es lo que me estás ocultando? ¿Qué te han dicho tus hijos? Te han dicho que he estado buscando en tu cuarto y que entré para buscar un libro?”

En ese momento él reaccionó no de un modo muy cómodo. No necesitaba escuchar su disertación.

“Sólo entré para buscarlo”, le dije.

“Pero ¿a quién encontraste? Tal vez nuestro nuevo amigo oculto y negligente, ése es un poeta”, dijo Stan que parecía querer escuchar lo que yo podría decir.

“Dime ¿por qué quieres que yo venga a cuidar de tus hijos? ¿Qué razón hay en ello? No me vas a impresionar”.

“Tengo un par de cuadernos de mis viejos poemas cuando yo era joven, si quieres te los enseño. Yo también era escritor”.

“No es bueno decir a la gente que uno es un poeta, te pueden tomar por un loco. Lo sé por experiencia. Mi experiencia sin embargo me ha servido para ganarme algún portazo en las narices y dejé de ser escritora y me afilié al bando de los libreros, los publicistas y los desesperados. Pero no es de tu incumbencia”.

“Lo sé, es un hábito terrible. Somos copywriters, somos diseñadores de marketing, todo lo más”, dijo el poeta con su abrigo de lana negra, y él sonrió y le devolví la sonrisa, a pesar de que en realidad no podía. Las sonrisas van demasiado lejos. Más que sus blancos y bellos dientes.

“Enséñame esos poemas le dije y me balanceé delante de él en la barandilla del cobertizo. Entonces él introdujo su brazo por mi cintura y me aprisionó cerca de él llevándome muy cerca hasta su rostro y su boca. Entonces nos quedamos quietos y callados. Me miró los labios, sabía que el deseo era mayor y nuestras bocas se unieron, se fundieron en un tierno beso pausado, no muy profundo, porque teníamos miedo los dos. Éramos como niños traviesos.

Hizo un gesto, nos separamos, pensé que alguien desde el interior me estaba saludando, pero luego me di cuenta de que era una especie de punta de sombrero, un sombrero que llevaba Moody, el niño, aunque no llevaba puesto

el sombrero, pero así salió.

“Ven juguemos a esconder el sombrero. ¿Quieres jugar?”

“Soy un poco estúpido, porque debería haberte dado las gracias, pero lo he hecho así y ahora”. Luego me tendió la mano para que la sacudiera, y yo la estreché. Él dijo: “Gracias, Sasha”.

“No hay problema”, le dije. Es por eso que no me gusta hablar con la gente. Nunca se me ocurre nada interesante que decir. Necesito tiempo para encontrar palabras, y eso es difícil cuando la gente me está mirando. Además, con Stan no sabía qué decir. Me pareció que era suficiente.

Se dio la vuelta y me di cuenta de que había algo en su mano. Una moneda de chocolate, envuelta en una lámina de oro y pensamientos de felices mañanas de San Valentín.

“¿Sabes que es esto?” Puso una moneda en mi mano y la envolvió en un lazo violeta. Y se delató al fin.

“Sí, lo he descubierto. Tú eres el autor de las cartas. No me podía imaginar que fueses tú, nunca lo hubiera imaginado”.

“Si me hubieras estado mirando más veces en el trabajo como ahora me has mirado, te hubieras dado cuenta”. Sí, sus ojos eran su delator. Tenía unos ojos sinceros y muy grandes, reactivos, muy inteligentes, de un color azul muy oscuro y opaco.

Cuando me di cuenta, esperando mi reacción, parecía que él la habría descartado como una especie de estupidez. Pero la campana sonó sobre la puerta y eran los niños que venían con un ramo de flores para su padre y para mí.

Yo había leído el mensaje de que era el día del Amor, pero él, Stan, se había ido hacia el interior, y cuando levanté la vista no había señales de él afuera. “Bien”, dijo Moody. “¿Lo conoces?”, me preguntó. “No hay mucha gente en este rincón que yo no sepa”, le respondí.

“Sólo lo conozco por su bella reputación”, dijo Stan que volvió hacia mí y traía un ramo de flores muy bancas. “El tiempo era así, él era el siguiente gran paso”.

Sabía que él había estado esperando que yo le pidiera detalles, pero él se había descubierto antes. Sabía que yo lo sabía, que le había descubierto, que había descubierto su gran secreto oculto en su escritorio porque Moody se lo había dicho.

Volvimos al interior de la casa y prometí hacer una cena mágica, donde todos tendríamos que hacer algo original.

Retorné por la noche a la gran butaca y tomé un papel y decía el aviso de 'Encontrado'. Luego me quedé atrapada entre la butaca y Stan que se había puesto relajado junto a mí.

“¿Te gusta esta casa? No hay ya más tesoros en esta casa, salvo el que tú quieras estar en ella y quedarte a vivir”.

Ya no había páginas de poemas, ni flores prensadas, ni marcadores de postales o nombres en la hoja de ala que me hicieran preguntarme por lo que yo sentía. Yo sentía que estaba en mi sitio. Que no sobraba, que era requerida, que podía estar allí, a pesar de mis muchos miedos.

Luego Stan tachó con su dedo un nombre que había escrito en un papel y otro nombre, el suyo y el mío y lo rotuló con una flecha, una más larga y de doble trazado, la remarcó tan bien que era imposible deshacerla. Él era mi mejor conjetura y me hacía sentir una niña insegura. Tal vez era una señal de madurez así también.

Lo bello era la significatividad de una reminiscencia. Lo bello respondía a la duración, a una síntesis contemplativa. Lo bello no era el resplandor o la atracción fugaz, sino una persistencia.

sss

ACERCA DEL AUTOR

ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos, Hiciste de mi vida un cuento de naufragios, La cara que apetecemos es siempre opaca, Sólo amó su lado femenino oculto, Te pido que pongas tu vida en mis manos, La tierra se balanceaba bajo mis pies, El hombre con el niño en sus ojos, El deslumbramiento de Inga, y sigue una trayectoria continua. Estudió derecho, hizo un postgrado en Filosofía, moral y política, y también ha estudiado Astrología y astro mundial. Ahora vive entre Sevilla y Copenhague. Su afinidad con la literatura y su sensibilidad genuina hace posible que contemos con su obra singular e introspectiva, de fuerte raigambre psicológica y espiritual.